

**Año I – N° 4 – Octubre de
2009**

**Serie Historia de América Prehispánica y
Arqueología**

Incluye ensayo “V.G.Childe, fundador de la Arqueología Marxista”,
Declaración de Valparaíso y sección comentarios críticos (2). Escriben:
Henry Tantaleán, Andrés Troncoso, Valeria Franco Salvi, Pedro Brazo-
Elizondo, Francisco Rivera y Ernesto Contreras.

www.historiamarxista.cl –
marxista@historiamarxista.cl

ISSN 0718-6908

**Un acercamiento a la
Arqueología Social
Latinoamericana**

Miguel Fuentes M.
Marcelo Soto C.

Un acercamiento a la Arqueología Social Latinoamericana¹

Miguel Fuentes M²
Marcelo Soto C³

La “Arqueología Social Latinoamericana” (ASL) constituye uno de los pocos casos de elaboración de un cuerpo teórico y metodológico de la práctica arqueológica en países semi coloniales. Influenciada en su génesis por el importante ascenso revolucionario de los años 70’s y por la enorme influencia que adquirieron durante este periodo las ideas del Marxismo, la ASL se planteó desde su nacimiento como una arqueología crítica de la sociedad capitalista. Desde aquellos momentos, uno de sus planteamientos centrales fue reivindicar la unidad entre producción de conocimiento y actividad política. Fue en una situación histórica marcada por la irrupción de las masas en la escena política, por el establecimiento de numerosos gobiernos de izquierda y por el peso que adquirió el *indigenismo*, que la ASL dio cuerpo a sus primeros lineamientos teórico-interpretativos. Destacaron durante estos años las elaboraciones de Lumbreras (Perú), Sanoja (Venezuela), Montané (Chile) y Bate (Chile), entre otros. La utilización del Materialismo histórico y de algunas de sus principales categorías de análisis: “modo de producción”, “lucha de clases”, “modo de vida” y “totalidad”, fueron parte esencial del debate en torno a una serie de casos de estudio, permitiendo una importante reinterpretación (y ampliación) de los mismos. El libro *La Arqueología como Ciencia Social*, de Lumbreras, al igual que la elaboración del llamado *Manifiesto de Teotihuacan* y la constitución del *Grupo de Oaxtepec*, liderado por Bate, son algunos de los frutos más importantes de la ASL durante este periodo. Posteriormente, desde mediados de los 80’s, en el contexto de un acusado giro a derecha de la realidad política latinoamericana y mundial, la ASL experimenta un acusado debilitamiento de su influencia y dinamismo interno. En un ambiente agudamente hostil a las ideas del Marxismo, caracterizado por el desprestigio generalizado de su práctica política (asimilada, sin más, a la experiencia de los estados burocráticos de la URSS y de Europa del Este) y por el avance del funcionalismo norteamericano en Arqueología, tiene lugar un proceso de crítica generalizada de la ASL como corriente arqueológica. Paralelamente, se agudiza un proceso de autocrítica interna, la cual haría hincapié en la necesidad de una mayor problematización de los problemas derivados de la aplicación del Materialismo histórico a la práctica arqueológica. La presencia de un énfasis mecánico-economicista, sobre todo en el caso del grupo liderado por Lumbreras, al igual que una escasa traducción del acervo teórico de la ASL en el ámbito de la metodología arqueológica, fueron algunos aspectos de esta autocrítica. Hoy, a tres décadas de su fundación, se hace necesario un balance acerca de esta importante tendencia en arqueología, especialmente en momentos en que la crisis capitalista actual y el renacer de la lucha de clases y de la perspectiva anti-capitalista vuelven más actuales muchas de las premisas sobre las cuales la ASL adquirió una importante resonancia en el seno de la disciplina arqueológica.

Palabras claves:

Arqueología Social Latinoamericana (ASL), teoría, metodología, práctica arqueológica, materialismo histórico, modo de producción, modo de vida, totalidad, lucha de clases, academia, política.

¹ Una primera versión del presente artículo fue elaborado en el marco del curso “Teoría Arqueológica I” (2007) de la carrera de Antropología con mención en Arqueología, a cargo del Profesor Andrés Troncoso (Universidad de Chile). Se puede revisar este trabajo en la página electrónica: <http://www.tarqueologica.blogspot.com/>.

² Licenciado en Historia (Universidad de Chile). Estudiante de la carrera de Antropología con mención en Arqueología (Universidad de Chile, IV año). Correo electrónico: casilla2009@hotmail.com.

³ Estudiante de la carrera de Antropología con mención en Arqueología (Universidad de Chile, IV año).

I. ¿Que es la Arqueología Social Latinoamericana?

“Arqueología Social Latinoamericana” (de ahora en adelante ASL) es una designación que se utiliza para definir a una corriente del pensamiento y la práctica arqueológica de nuestro continente. Esta se desarrolló durante los años 70’s y 80’s, existiendo todavía en algunos países de América Latina, especialmente en México.

Desde su aparición hasta hoy, esta corriente se ha caracterizado, con mayor o menor éxito, por el intento de aplicar en Arqueología una teoría y una metodología basadas en el Materialismo histórico. La idea fue generar una propuesta teórica y metodológica acorde con los planteamientos del análisis filosófico e histórico marxista (Lorenzo [Coord] 1979).

Por otro lado, una de las preocupaciones fundamentales de la ASL fue buscar una conexión entre la investigación científica, la producción de conocimiento y la acción política (Tantaleán 2004). La ASL se definió así como una “Arqueología comprometida”, identificando su accionar con las importantes luchas

sociales y con los procesos revolucionarios que recorrieron Latinoamérica durante los años 60’s y 70’s. De acuerdo a esto, la Arqueología debía buscar contribuir, desde su propio campo; el de la producción de conocimiento científico acerca del pasado, con el avance de los procesos de lucha protagonizados por las clases explotadas y por el conjunto de sectores oprimidos del continente. En definitiva, la producción de conocimiento en Arqueología no se entendía, en los marcos de la ASL, como un acto “neutral”, sino que como un campo de batalla más de la lucha de clases (Oyuela-Caycedo *et al.* 1997). De ahí que la crítica de la ASL hacia otras corrientes arqueológicas, sobre todo en el caso de la “Nueva Arqueología”, hiciera hincapié no solo en aspectos teóricos o metodológicos, sino que además en la denuncia del carácter funcional (pro-capitalista) de dicha corriente, ligada a una importante número de espacios de poder académico-institucionales en Estados Unidos y Europa (Oyuela-Caycedo *et al.* 1997).

Desde su nacimiento, la evolución de la ASL se vio condicionada por el desarrollo de la ideología política marxista durante los 60’s y 70’s, la cual

se fortaleció al calor de la extensión de una serie de procesos revolucionarios a nivel internacional. Así también, el desarrollo inicial de esta corriente se vio favorecido en Latinoamérica por la irrupción de una serie de gobiernos de izquierda, simpatizantes o “cercaños” al régimen nacido de la Revolución Cubana (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997)⁴. Este contexto permitió el nacimiento de una importante generación de arqueólogos marxistas, los cuales pasaron pronto a ocupar una serie de espacios académicos de gran relevancia en universidades y en centros de investigación (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997)⁵.

Fue justamente gracias al trabajo de estos intelectuales, quienes se

⁴ Efectivamente, tanto el desarrollo de la lucha de clases en Latinoamérica durante estos años, como el establecimiento de una serie de gobiernos cercaños al régimen político cubano, tuvieron una influencia decisiva en el nacimiento y consolidación de la ASL (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997). Entre estos gobiernos, podemos mencionar los de Juan Velasco Alvarado (Perú), simpatizante de un proyecto de “Socialismo estatal”, Carlos Andrés Pérez (Venezuela), de signo populista socialdemócrata, y el de Salvador Allende (Chile).

⁵ Como plantea Tantaleán: “[...] dicha arqueología se desarrolló en una situación histórica que la condicionó. En el caso de la Arqueología Social Peruana (ASP), en sus inicios esta dependió material e ideológicamente del apoyo de un Gobierno Militar con características socialistas (Politis 1995). De hecho, las principales posiciones académicas y de investigación fueron asumidas por arqueólogos simpatizantes de esos gobiernos, entre ellos Lumbreras (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1994: 367)” (Tantaleán 2004: 2).

beneficiaron de estas condiciones, que la ASL dio sus primeros pasos como corriente. Esto último, sobre todo gracias a la labor que desarrollaron los arqueólogos Luis Guillermo Lumbreras (peruano), Mario Sanoja (venezolano), Iraidá Vargas (venezolana), Luis Felipe Bate (chileno) y Julio Montané (chileno), entre otros. Durante este primer periodo, fue la realización del “Congreso Internacional de Americanistas”, que se llevó a cabo en Lima durante el año 1970, la publicación de *Arqueología como Ciencia Social* (de Lumbreras) y *Antiguas Formaciones y Modos de producción Venezolanos* (de Mario Sanoja e Iraidá Vargas), así como también la convocatoria a la reunión de Teotihuacán, en 1975, los principales hitos fundacionales de esta corriente arqueológica (Tantaleán 2004).

II. Antecedentes teóricos y primeras reflexiones

Con relación a los antecedentes teóricos de la ASL, estos pueden encontrarse en una serie de referentes intelectuales e ideológicos de la primera mitad del siglo XX. Por una parte, en el influjo que tuvo sobre esta corriente la obra y el pensamiento del arqueólogo marxista

europeo V.G.Childe⁶ (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997). Igualmente, en el influjo que tuvo sobre la formación intelectual de Lumbreras, Sanoja y el grupo fundador de la ASL, el movimiento social y político del *indigenismo*. Esta corriente de pensamiento, que se desarrolló principalmente en Perú y en México en el contexto de la consolidación de discursos políticos nacionalistas, se caracterizó por propugnar el rescate (e *idealización*) de las formas de vida prehispánicas, siendo traducida en un comienzo a la práctica arqueológica por Luis Valcárcel y por el arqueólogo peruano Julio Tello a comienzos del siglo XX (Tantaleán 2004). Así también, destaca la influencia del libro *Indigenismo andino*, de José Carlos Mariátegui, de gran relevancia en los orígenes de la ASL⁷.

⁶ Ver ensayo temático en sección anexos.

⁷ Refiriéndose a los antecedentes ideológicos y teóricos de la ASL durante las décadas 50 y 60, Tantaleán señala: “Así pues, entre los antecedentes de los planteamientos de la ASL estuvieron por un lado, una ideología nacionalista y anticolonialista, como el *Indigenismo* y, por el otro una ideología claramente relacionada al capital internacional norteamericano. En ambos casos, dichas ideologías fueron producidas, conducidas y asumidas por grupos de la burguesía intelectual nacional (como consecuencia de su privilegiada situación económica), bastante previa al surgimiento de los –arqueólogos sociales-. Con ese sustrato ideológico que tuvo como fundamento las contradicciones económicas y sociales, no transcurrió mucho tiempo antes de que se adoptaran perspectivas materialistas e históricas en algunos de los gobiernos que así lo posibilitaron” (Tantaleán, 2004: 3-4). Otro

Otro de los antecedentes del nacimiento de la ASL lo constituye el trabajo que una serie de arqueólogos, interesados en las ideas marxistas, venían desarrollando en distintos puntos de América Latina durante los años 60's. Uno de los ejemplos más importantes de estos desarrollos disciplinarios lo constituye el trabajo del arqueólogo cubano Ernesto Tabío, quien en su libro *Prehistoria de Cuba* (publicado en 1966) asume algunos de los postulados del marco teórico de la arqueología soviética y de la obra de Childe (Tantaleán, 2004).

En términos generales, los planteamientos teóricos y metodológicos de la ASL durante los años 70's y 80's tomaron cuerpo en el marco del nacimiento de sus dos principales tendencias. La primera de aquellas es la constituida por una primera generación en la cual destacan algunos arqueólogos como Lumbreras, Sanoja, Vargas y Montané (Rolland 2005). Con respecto a esta tendencia, fue el libro *La Arqueología como Ciencia Social* (1974), de Lumbreras, así como también la edición del llamado “Manifiesto de Teotihuacan” (1976), las

tratamiento a este periodo, anterior al surgimiento de la Arqueología Social, puede encontrarse en el libro *A Marxist Archaeology* McGuire (2002).

principales publicaciones en las que se vio reflejada la propuesta de la ASL durante este periodo.

“[...] Entre los *arqueólogos de América Latina*, encontramos, desde los años cincuenta y, más aún, desde los sesenta, la reivindicación de una arqueología social, que rechaza el positivismo, vive una experiencia política común latinoamericana y se ve progresivamente influida por el Materialismo histórico” (Rolland 2005: 12).

Describiendo algunas de las propuestas teóricas y metodológicas reunidas en la obra *La Arqueología como Ciencia Social*, Tantaleán nos comenta lo siguiente:

“Lumbreras esbozó en este libro un programa y un discurso arqueológico que principalmente intentaba desenmascarar a la *-ciencia arqueológica burguesa y explotadora-* y, *-exigía un cambio de rumbo en la disciplina arqueológica como arma liberadora de las clases sociales oprimidas-* (Lumbreras 1981: 6). Sin embargo, como el mismo confiesa (Lumbreras 1973: 9), este libro está constituido por una serie de *-trabajos experimentales-* por lo cual no representa un texto homogéneo sino más bien un –

intento de encontrar un método de análisis del proceso andino que explique las cosas coherentemente y sirva para ligar el pasado al presente de manera científica y significativa”.
(Tantaleán 2004: 6).

Tratando en este libro una serie de importantes reflexiones en torno al problema del objeto y los métodos de la arqueología, así como también algunas cuestiones acerca de los conceptos de “cultura”, “fuerzas productivas” y “Arqueología Social”, Lumbreras explicita en esta obra algunos de los planteamientos básicos de la ASL. A la vez, dichos planteamientos constituyen un punto de partida para el trabajo y la elaboración teórica del propio Lumbreras, la cual alcanzará un significativo desarrollo durante los próximos años (Tantaleán 2004). La publicación del “Manifiesto de Teotihuacan” (1976) y del primer número de *Gaceta Arqueológica Andina* (GAA) en Perú (1982) reflejaría, en este sentido, tanto la evolución de Lumbreras como la de un importante sector de la ASL durante este periodo.

“Lumbreras (1984), entiende que los elementos de la totalidad social [es decir, el sistema económico, social y político-cultural en su conjunto] están vinculados dialécticamente, de

modo que la base o –ser social- y la superestructura se corresponden e interactúan. La tarea del arqueólogo no consiste únicamente en estudiar los objetos arqueológicos (-arqueografía-), sino en -reconstruir la cultura [...], para enriquecer nuestra imagen del proceso social y conocer sus leyes-; esto constituye a la arqueología como una ciencia social (Lumbreras 1984: 26-7). La representación del modo de producción como objeto de conocimiento parte del estudio de la tecnología como representación o reflejo de la resolución de la contradicción entre los instrumentos y el objeto de trabajo (-dialéctica interna de las fuerzas productivas-), es decir, de la capacidad de una sociedad para adaptarse, controlar el medio y ahorrar energía (Lumbreras 1984: 53-64)” (Rolland 2005: 12).

Según estas definiciones, el estudio de las formas de propiedad existentes en las sociedades del pasado, así como el estudio de la relación que se dio entre estas y el desarrollo de las fuerzas productivas en distintos periodos de la prehistoria, ocuparía un lugar central del análisis y la investigación arqueológica (Rolland 2005). La investigación de la conexión existente entre sociedad y medios de producción, al igual que el estudio de las posibles relaciones de

desigualdad social inferibles a partir de dichas relaciones, debería ser así una de las preocupaciones centrales de la reflexión de la ASL. Los *arqueólogos sociales* deberían concentrarse, desde este punto de vista, en los contextos y en las distintas asociaciones presentes en el registro arqueológico, discutiendo desde aquí las diversas características de los modos de producción en estudio (Rolland 2005). Esto permitiría, entre otras cosas, una mayor comprensión de las formas de desigualdad social existentes en el pasado (Rolland 2005).

Paralelamente al avance de estas primeras reflexiones, y a la consolidación de la Arqueología Social Peruana (ASP) en cuyo seno tomó fuerza esta primera tendencia, la ASL tuvo como uno de sus ejes plantearse como una disciplina científica *crítica*; esto es, “al servicio del cambio social” (Lorenzo [Coord], 1979). Aplicando el concepto de *utilidad social*, el grupo fundacional de la ASL propuso, en el llamado “Manifiesto de Teotihuacan”⁸, una serie de consideraciones en torno a la necesaria *unidad* entre producción de conocimiento científico y actividad política.

⁸ En el cual se establece además una primera sistematización del programa de investigación y de los marcos teóricos y metodológicos de la ASL.

“Dada la evidente realidad fundamental de este planteamiento, la disyuntiva ante los arqueólogos –y los demás científicos sociales- resulta muy clara y atañe a los criterios que deben normar el trabajo arqueológico, tanto en sus concepciones teóricas como metodológicas, para alcanzar fines muy concretos de *utilidad social*. A la Arqueología como -ciencia para el conocimiento del pasado- por el conocimiento mismo, sin tener en cuenta el –para qué- ni el –para quién-, se opone cada vez más la conciencia de que su –utilidad social- no debe ser sólo para placer de turistas, negocio de saqueadores, regodeo de coleccionistas privados, ni para llenar las bodegas de los museos nacionales y extranjeros. No basta afirmar –como algunos pretenden, a la luz del –cientificismo norteamericano- que la Arqueología es una técnica, o un conjunto de técnicas, para alcanzar un conocimiento del pasado y quedarse en meras descripciones prolijas y precisas; o bien, si el arqueólogo lo considerase oportuno y conveniente, aplicarles alguna de las teorías *neos* de interpretación, sin atender, ni poco ni mucho, al destino y la *utilidad social* que puedan depararse a las conclusiones” (Lorenzo [Coord], 1979: 82).

La segunda de las tendencias internas de la ASL fue la representada por Bate (exiliado en México) con la fundación del llamado “Grupo de Oaxtepec” (1983). En sus inicios, participaron además de este grupo, que alcanzó su mayor desarrollo al interior de la llamada Arqueología Social Mexicana (ASM), otros arqueólogos como Manuel Gándara (México) y Marcio Veloz (República Dominicana) (Tantaleán 2004)⁹. La constitución de esta tendencia, una de las más dinámicas al interior de la ASL hasta hoy, tiene sus raíces en el creciente descontento que durante los años 80’s expresaron una serie de arqueólogos al interior de la ASL con respecto a su propio quehacer científico (Tantaleán 2004).

“Esta nueva época es denominada por Navarrete (1999: 89) como de –*Refinamiento teórico*-. Como describe Bate [...] con respecto a este grupo de estudios marxistas: –*Su marco teórico fue el materialismo histórico mientras sus métodos fueron derivados del materialismo dialéctico*-. Asimismo, este grupo adoptó una posición crítica frente al Materialismo estructuralista francés

⁹ Es importante mencionar, además, la participación inicial de algunos destacados arqueólogos de la generación anterior: entre otros, Lumbreras, Sanoja y Vargas.

(de Althusser y Godelier) tan popular en esos años, principalmente porque dicha –escuela– planteaba una división de la sociedad objeto de estudio (*-totalidad social-*) entre *base económica* y *superestructura*.” (Tantaleán 2004: 5).

A partir de estos momentos, Bate y su grupo de trabajo en México, principalmente en el marco de su participación en el *Boletín de Antropología Americana*¹⁰, se esforzaron en la tarea de dar una mayor amplitud y profundidad a la reflexión epistemológica al interior de la ASL. Propusieron para esto avanzar en la problematización de la aplicación del Materialismo histórico al estudio e interpretación del registro arqueológico. El objetivo de lo anterior fue, entre otras cosas, la crítica y el abandono de un criterio mecánico-economicista estrecho al nivel de la reflexión e interpretación arqueológica.

“L.F.Bate (1998) representa otra de las tendencias del grupo [se refiere a la ASL]. Su elaboración está marcada por una crítica radical al positivismo, que le conduce a defender que los presupuestos metodológicos dependen de los ontológicos [es

decir, que dependen de los criterios mediante los cuales se define la naturaleza y el carácter del objeto de estudio de la arqueología]. Como éstos son los que establecen el nexo entre la realidad pretérita aparente (constatada en los datos) y nuestro presente, se hace necesaria la reflexión sobre la –cadena genética de la información arqueológica–, en cuanto a la teoría sustantiva (teoría de la historia) y a las teorías mediadoras, que se ocupan de los procesos de formación, transformación y presentación de los contextos arqueológicos y de la producción y presentación de la información arqueológica (Bate, 1998: 135-9 y Fig. 3.1)” (Rolland, 2005: 12).

Partiendo del concepto de “sociedad concreta”, identificando a esta última con el de “totalidad social”, Bate intenta así dar cuenta del carácter eminentemente complejo de la realidad social (discusión estructuras-sujetos) y de la interpretación del registro arqueológico (Rolland 2005). El estudio de una sociedad dada debe ser entendido así, según Bate, desde el punto de vista de la comprensión de tres dimensiones claves: “formación económico-social”, “modo de vida” y “cultura” (Rolland 2005). La definición

¹⁰ ...utilizando a este último como un importante medio difusor de sus planteamientos.

de *sociedad concreta* alude de esta manera, en última instancia, a una concepción dialéctica de la realidad social en la cual *ser* y *conciencia* se presentan como una *unidad diferenciada (totalidad)*. La mutua (y compleja) interacción entre condiciones materiales de existencia, formación social, modo de vida y cultura, adquiere por tanto una importancia de primer orden en la interpretación de los restos culturales de las sociedades extintas¹¹. Ser y conciencia social, en tanto esferas fundamentales de existencia de una sociedad determinada, constituyen por tanto ámbitos *integrados*, sólo separables en términos analíticos.

“En la primera aparece, por un lado, una existencia objetiva, que es la del –ser social- [es decir, las bases materiales de existencia de una sociedad dada] y que describe las relaciones materiales establecidas entre los seres humanos para la reproducción social, y, por otro, una –conciencia- social e institucional, que es la de las –superestructuras-

[en otras palabras, el aspecto político e ideacional, simbólico, de cada sistema social]. La formación social se ve determinada por la primera en la medida en que en el seno del modo de producción se desarrollan las contradicciones fundamentales, en torno a la lucha entre fuerzas productivas y relaciones de producción (Bate 1998: 58, 103). No obstante, Bate (Bate, 1998: 63, 65) reconoce que en la práctica del ser social intervienen complejamente las superestructuras como la conciencia, la afectividad y, sobre todo, la institucionalidad, que es la que dicta normativamente la reproducción social, de modo que puede ser en su propio terreno (sobre todo en el del Estado) en el que se opere la lucha por la transformación social en las sociedades clasistas no capitalistas, en función, eso sí, de la posición que ocupen los agentes en las relaciones sociales de producción.” (Rolland, 2005: 12-13).

De acuerdo a lo anterior, el estudio del desarrollo de las fuerzas productivas en arqueología debe ligarse, antes que al establecimiento de supuestas fases o etapas generales de la evolución histórica, a la investigación de las características específicas de cada

¹¹ Más de fondo, la compleja *dialéctica* existente entre ser y conciencia social no solo tendría una importancia clave en la interpretación de restos arqueológicos de tipo “prehistóricos”. Así también, la reflexión en torno a esta problemática sería esencial al momento del tratamiento de casos de estudio recientes. Una reflexión inicial sobre esta temática en los números 2 y 3 de esta serie de “Cuadernos de Historia Marxista”.

sociedad en particular (*sociedad concreta*)¹².

“[...] Bate defiende que los desarrollos de las fuerzas productivas, por ejemplo a propósito de la “revolución tribal”, expresados en una magnitud, deben ser estudiados y explicados con arreglo a su correspondencia con las cualidades fundamentales de la sociedad implicada (propuestas desde la teoría), lo que supone rechazar un evolucionismo unilineal que haga del crecimiento de las fuerzas productivas un desarrollo inmanente. Ello nos exige en cada investigación histórica, dar cuenta del nivel fenoménico o de máxima singularidad (la cultura) y de su conexión con el de máxima generalidad (la formación económico-social) a través de la categoría de –modo de vida–.

En síntesis, hacia mediados de la década de los 80's, es posible identificar una serie de nociones generales y discusiones que definen el cuerpo teórico y metodológico inicial de la ASL. Estas últimas, según el

¹² Siguiendo estos planteamientos, uno de los desafíos de la práctica arqueológica radicaría en el reconocimiento de los indicadores materiales que permitan la identificación, en cada caso concreto, de la *formación económico-social, modo de vida y cultura* de una sociedad dada.

arqueólogo norteamericano T.C. Patterson (Augusto Oyuela-Caycedo *et. al.*) pueden resumirse en las siguientes:

1. Una perspectiva teórica y metodológica anclada en el Materialismo histórico y en el Materialismo dialéctico.
2. La identificación de la Arqueología como una Ciencia social.
3. La necesidad de una perspectiva multi-disciplinaria en el estudio del registro arqueológico.
4. La utilización de ciertas categorías de análisis marxista en el ámbito de la interpretación arqueológica; entre otras, como ya mencionamos, las categorías de *modo de producción, formación socio-económica, sociedad concreta, lucha de clases y modo de vida*.
5. Una perspectiva crítica ante la Arqueología tradicional, identificando los intereses de clase que subyacen a la misma.
6. El planteamiento de una “Arqueología crítica”, *comprometida* con la lucha de clases, la Revolución obrera y con los intereses de los

trabajadores y el movimiento popular de América Latina.

Con distintos énfasis, cada una de estas características se expresó con fuerza en el seno de las principales tendencias de la ASL, llegando a adquirir el carácter de un verdadero programa *fundacional*. Este programa constituiría uno de los principales *sellos* de la práctica de esta corriente, tanto en el caso del grupo constituido por Lumbreras, Sanoja, Vargas y Montané a mediados de los 70's, así como en el que representó Bate durante la década siguiente.

III. Modo de producción, Formación Económico-Social, Modo de Vida y Cultura

A comienzos de los años 80's, Sanoja y Vargas (1983) señalan que uno de los principales problemas de la arqueología social ha sido el escaso desarrollo de las herramientas teóricas y metodológicas que permitan un exitoso reemplazo de la arqueología histórico-cultural y funcionalista. Destacando el concepto de *modo de producción*, dichos autores plantean que la operacionalización de este término constituiría una de las claves para el estudio, al nivel de la interpretación de los restos materiales

de las sociedades extintas, del desarrollo histórico particular de estas últimas.

En primera instancia, la utilización del concepto de *Modo de producción* permitiría a la arqueología, entre otras cosas, el ordenamiento y caracterización de la conducta social de las sociedades pasadas en relación a:

“[...] un determinado tipo de propiedad de los medios de producción, de una determinada forma de apropiación del excedente económico, de un determinado grado de desarrollo de la división del trabajo y de un determinado desarrollo de las fuerzas productivas” (Sanoja y Vargas 1983:19).

No obstante, tal como afirman estos arqueólogos, el concepto de modo de producción constituiría mucho más que una categoría histórica formal¹³. Lejos de lo anterior, dicho concepto reflejaría un tipo de *praxis* en la cual el devenir histórico de las distintas sociedades en estudio tendría como premisa fundamental el proceso de producción y

¹³ De manera transversal a las distintas reflexiones en torno a este concepto en Arqueología Latinoamericana, se entiende por modo de producción (años 70's y 80's) a “la conjunción y entrelazamiento de fuerzas productivas y relaciones de producción en el marco de un sistema social determinado” (Veloz 1984).

reproducción de su propia vida material (Sanoja y Vargas 1983)¹⁴. Cada modo de producción actuaría, por tanto, como el marco en el cual se entretejería el hilo de la realidad social en su conjunto, satisfaciéndose necesidades y creándose otras nuevas¹⁵.

Fue durante el Congreso de Americanistas de 1970 en el cual un grupo de arqueólogos latinoamericanos asumieron el desafío de formular, desde un marco teórico basado en la utilización las categorías de modo de producción y formación económico-social¹⁶, una propuesta de periodificación del desarrollo de las sociedades aborígenes americanas

¹⁴ Las bases teóricas de la definición de modo de producción y su relación con el concepto *modo de vida*, que tendrá posteriormente una importancia central para las reflexiones de la ASL, podemos encontrarlas en uno de los principales escritos de Marx, *La Ideología Alemana*. En esta obra, Marx y Engels señalan que los hombres: “al producir sus modos de vida, producen indirectamente su vida material [...] este modo de producción es un determinado modo de la actividad de los individuos y un determinado modo de manifestar su vida, un determinado modo de vida de los mismos. Los individuos tal y como manifiestan su vida. Lo que son coincide, por consiguiente, con su producción, tanto con lo que producen como con el modo de cómo producen. Lo que los individuos son depende, por tanto, de las condiciones materiales de su producción” (Marx y Engels 1988: 12).

¹⁵ En definitiva, este sería el ámbito en el cual se daría el origen y la reproducción de las *prácticas* a partir de los cuales los hombres articulan los aspectos esenciales de su vida en sociedad.

¹⁶ ...enunciadas originalmente por Marx entre 1848 y 1858.

(Sanoja y Vargas 1983: 23). Se intentó con ello realizar un análisis acerca de la evolución histórica de las sociedades indígenas en nuestro continente, cuestionando para esto el marco puramente descriptivo (histórico-cultural) que había primado hasta ese momento en la reflexión arqueológica. La idea era pasar a un estudio de fondo de las formas de organización social y económica que habrían primado en los distintos estadios del proceso cultural americano (Sanoja y Vargas 1983). Esto último, al modo de una secuencia histórico-cultural de validez pan-regional, generalizable a los distintos desarrollos culturales locales en Andinoamérica, Mesoamérica o en las demás zonas culturales del continente¹⁷.

Ahora bien, aún cuando estos esfuerzos se plantearon una primera aproximación a un marco de análisis materialista histórico en Arqueología Latinoamericana, no se habían clarificado ni discutido aún las

¹⁷ Con respecto a la operacionalización de estas reflexiones, los arqueólogos sociales proponen el concepto de *modo de producción* como un elemento clave en sus esfuerzos por incorporar el Materialismo histórico en la interpretación arqueológica. Esto puede verse tanto en el libro *La Arqueología como ciencia social*, de Lumbreras (1974), así como también en la obra *Antiguas Formaciones y Modos de Producción Venezolanos*, de Sanoja y Vargas (1974). Igualmente, en los trabajos de Bate *Arqueología y Materialismo Histórico* (1977) y *Sociedad, Formación Económico Social y Cultura* (1978).

implicancias metodológicas que presentaba este tipo de sistematización teórica. Si bien mediante la identificación de los diversos modos de producción existentes en el pasado se esperó caracterizar tipos de sistemas sociales más o menos similares, teniendo como base la presencia de modos de producción equivalentes¹⁸, la definición de estos últimos llegó a ser en algunos casos extremadamente *generalista*¹⁹.

Se hizo entonces necesaria una mayor reflexión en torno a la forma en que debía pensarse, desde un marco de análisis marxista, el importante grado de variabilidad y complejidad que se encuentra en la base del desarrollo cultural americano. Discutiendo la relevancia del concepto de *Formación económico-social*, Sanoja y Vargas (1983) establecen que:

¹⁸ ...aunque con formas de organización productiva particulares.

¹⁹ Acerca de este punto, la importante acumulación de conocimiento arqueológico durante las últimas décadas ha venido demostrando las importantes falencias de los modelos *esquemáticos* de evolución histórica (Veloz 1984). En los más variados campos de estudio de la prehistoria de nuestro continente, dichos modelos, incluyendo aquí algunos de los asumidos por los arqueólogos marxistas, han comenzado a ser crecientemente *revisados*, *criticados*, o bien *refutados*. Uno de estos campos lo constituye el ámbito de las reflexiones en torno a los inicios de la domesticación de vegetales y animales, así como el del nacimiento del Estado, las clases sociales y sus respectivas dinámicas.

“la relación entre sociedades y el medio ambiente se considera un proceso dialéctico que determina el alejamiento del hombre de las formas de economía natural, predatoria, dando nacimiento a diversos modelos de relaciones de producción y relaciones sociales de producción cada vez más complejos y efectivos [...] Cada uno de estos modelos de relaciones de producción y relaciones sociales de producción concomitantes, es lo que podríamos llamar Formación Económico-Social” (Sanoja y Vargas 1983:26).

De acuerdo a lo anterior, cada una de las variaciones producidas en la interacción entre un sistema de producción y el ecosistema, originaría un determinado tipo de modo de producción específico. Esto daría como resultado, por tanto, una importante diversidad²⁰ de modos de producción a lo largo de la secuencia histórico-cultural americana.

Una posición distinta fue la asumida por Lumbreras, quién polemiza con los planteamientos de Sanoja y Vargas al afirmar que un modo de producción no podría reducirse a un “tipo de producción” específico: por ejemplo, cazador, agrícola o pescador, sino que

²⁰ ...afín a la evidencia arqueológica disponible.

aquel (el modo de producción) debía concebirse como la *base* o *infraestructura* de una determinada formación económica social. Desarrollando estas posiciones, Lumbreras define al modo de producción como las leyes que rigen una determinada forma de articulación de la vida de los pueblos (Lumbreras 1981).

“[...] No es como algunos piensan una forma o tipo de producción. A partir de esa errónea comprensión de la categoría [refiriéndose al concepto de modo de producción], hay propuestas sobre modo de producción pescador, agrícola, tropical, etc. Partiendo de una forma de acceder a las fuentes de subsistencia, que lógicamente tiene a su vez formas específicas de modo de producción con una forma de trabajo y formas de organización de la familia o la comunidad con relaciones sociales de producción [...] En general, la fuente de confusión se origina en la difusión de las ideas de Luis Althusser y su discípula Martha Harnecker, quienes tienen una muy particular lectura de los conceptos marxistas fuertemente impregnada de una posición crítica estructuralista. (Lumbreras 1981:26-27)” (Alcina 1989:105).

Fue en el marco de la reunión de Oaxtepec (México) en donde esta discusión alcanzó un mayor grado de sistematización, lográndose una primera síntesis de las diversas posiciones. Se planteó que la manera a partir de la cual Sanoja y Vargas (1983) habían intentado caracterizar la presencia de distintos modos de producción, tendría en su base una errónea lectura en torno a la articulación entre este concepto y el registro arqueológico. La identificación de distintos modos de producción planteada por dichos arqueólogos no estaría aludiendo, por tanto, sino a expresiones particulares de un mismo tipo de modo de producción. De este modo:

“[...] lo que ellos llamaban modo de producción en base al dato arqueológico ya interpretado, era en verdad un parte operativa del mismo, una *praxis* del modo de producción” (Veloz 1984:8).

Al calor de estas reflexiones, Vargas y Sanoja rectifican su posición inicial trayendo a colación una nueva categoría, la de *modo de vida*²¹. Esta última tendría como objetivo servir de

²¹ ...ocupada inicialmente por estos arqueólogos para señalar ciertos modelos de adaptación humana a partir de las formulaciones de Marx y Childe.

marco conceptual para la integración metodológica de los conceptos de modo de producción y formación económico-social, en la perspectiva de su utilización en la interpretación arqueológica.

Según Vargas y Sanoja, la categoría de *modo de vida* reflejaría “una forma de operatividad común a todo modo de producción” (Veloz 1984:8), variable respecto de las formas que adoptaría la organización de la producción y la orientación social de los medios y objeto de trabajo al interior de las relaciones de producción en cada sociedad particular (Veloz 1984). El modo de vida constituiría, por tanto:

“[...] una expresión social de la organización de las fuerzas productivas en relación con un medio específico, con vistas a la objetivación de la producción, lo que genera sin lugar a dudas una respuesta cultural también específica” (Veloz 1981:11).

El objeto de una arqueología social encaminada hacia la descripción de la forma en que entronca la realidad social en los modos de vida precapitalista debería ser, por tanto, una *arqueología de la vida cotidiana*. Es decir, una

arqueología que haga hincapié en el problema de caracterizar como los cambios cualitativos y cuantitativos de determinadas relaciones de producción pueden originar rupturas en las mismas, generando nuevas formas de organización del trabajo y un nuevo marco de relaciones sociales²².

Por otra parte, teniendo como referencia el debate en torno a la articulación entre modo de producción, formación económica-social y cultura, es a nuestro juicio Bate (1998) quien consigue la más adecuada sistematización de dichas categorías en la reflexión arqueológica latinoamericana. Según este arqueólogo, partiendo desde el concepto de *sociedad concreta*, las categorías de *modo de producción*, *formación social*, *modo de vida* y *cultura* deben ser entendidas no como aspectos independientes de la realidad social sino que, por el contrario, como una *unidad*

²² No existiría, entonces, una relación directa entre los términos modo de producción y modo de vida. Esto último, al modo de un *reflejo mecánico*. Si bien cada modo de vida expresaría aspectos de un modo de producción determinado, la articulación *concreta* entre modo de producción y formación social daría por resultado la existencia de modos de vida altamente *variables*. Dicho nivel de variabilidad *cultural* sería posible, incluso, en el marco de sociedades en las cuales las relaciones de producción en las que se sustenta la existencia de aquellas sean las mismas, o bien *fundamentalmente* semejantes.

diferenciada. Dichos conceptos aludirían así a:

“[...] distintos niveles de existencia de la sociedad, desde el mayor nivel de esencialidad hasta sus expresiones fenoménicas y singulares” (Bate 1998:56).

Tanto las categorías de formación social como las de modo de vida y cultura, reflejarían entonces aspectos *objetivamente distinguibles*, aunque *no* necesariamente integrados, en el marco de una *sociedad concreta*. El carácter unitario (*dialéctico*) de la realidad social no podría entenderse, por tanto, como “una relación entre partes de la sociedad, sino de diversas dimensiones de la misma” (Bate 1998:67). De esta manera, Bate plantea una perspectiva del desarrollo social en la cual la clave analítica sería la *relación tricategorial* entre formación social, modo de vida y cultura, en el marco *del análisis concreto de una sociedad concreta*. Siguiendo estos planteamientos, refiriéndose a los conceptos de modo de producción y formación social, Bate define al primero como:

“el sistema de relaciones generales y fundamentales de la estructura y causalidad social, entendido como

totalidad [...] La categoría de formación social refleja el hecho de que la base material y las superestructuras integran la indisoluble unidad real de la sociedad, permitiendo la explicación de su dinámica organicidad en términos de una causalidad múltiple, recíproca y jerarquizada” (Bate 1998:57).

El concepto de formación social diría relación, entonces, con un nivel que integraría tanto al “ser social” como a las “superestructuras”, siendo entendido así como la totalidad de las relaciones materiales y objetivas de las prácticas sociales (Bate 1998). De fondo, los conceptos de modo de producción y formación social hablarían de la forma específica en que los procesos básicos de la existencia social son dinamizados, *determinados* en su evolución interna y particular devenir histórico por el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. De acuerdo a estos planteamientos, la manifestación *singular* de una formación social dada constituiría la *cultura*, entendiéndola como “[...] el conjunto singular de formas fenoménicas que presenta toda sociedad real” (Bate 1998:68). A su vez, dichas formas fenoménicas estarían siendo

multi-determinadas por las condiciones de existencia de una formación social dada (Bate 1998)²³. Según Bate, puede entenderse así mejor el concepto de modo de vida:

“[...] como el sistema particular de eslabones intermedios que median entre las regularidades fundamentales y generales de la formación socioeconómica y las singularidades aparentes de la cultura” (Bate 1998).

En conclusión, podemos afirmar que la aplicación y operacionalización (inicial) de los planeamientos teóricos de Karl Marx y Gordon Childe constituye, entre otras cuestiones, uno de los más importantes aportes de la ASL al pensamiento arqueológico latinoamericano. Esto último, sobre todo en la medida en que:

“confiere a la arqueología social una posibilidad de interpretación capaz de analizar las movilidades interiores de un modo de producción, sus tendencias, sus procesos de cambio interno, y posiblemente su paso hacia otras relaciones de producción”

²³ Nuevamente, no existiría aquí, por tanto, el planteamiento de una *determinación mecánica* entre las esferas económica, social y política. Existencia y conciencia social serían entendidas como dos ámbitos interrelacionados de la *vida social*, sujetos a un juego de múltiples determinaciones con direcciones variables (*complejas*).

(Veloz 1984 citado en Alcina 1989:108).

La aplicación de un *sistema tricategorial* de análisis arqueológico, especialmente en el caso de las elaboraciones de Bate, constituye así uno de los más claros aportes de esta corriente a la reflexión arqueológica de nuestro continente.

IV. Aportes y Perspectivas críticas

Entre los aportes teóricos-interpretativos de la Arqueología Social, la utilización de las categorías de “modo de producción”, “formación económico-social”, “modo de vida”, “sociedad concreta” y “totalidad social”, han constituido un significativo impulso para el avance de la investigación y reflexión arqueológica latinoamericana (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997). Efectivamente, la importancia que llegó a tener la utilización del Materialismo Histórico en la práctica arqueológica latinoamericana estuvo lejos de remitirse al mero ámbito de la reflexión teórica. Contrariamente a la opinión (interesada) de algunos arqueólogos en la actualidad, durante los años 70's y 80's los arqueólogos sociales tuvieron una destacada participación en la

realización de una serie de significativos logros en el estudio del proceso cultural americano. Los aportes de Lumbreras alrededor de una serie de problemáticas asociadas al proceso de “complejización social” en la zona andina y al surgimiento del urbanismo y la civilización, realizadas al calor de sus investigaciones en el área de Chavín, Huari y el altiplano peruano-boliviano, son algunos de dichos logros (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997). Así también, los trabajos de Vargas y Sanoja en torno a la evolución histórica de los modos de producción prehispánicos en Venezuela, discutiendo junto a otros arqueólogos sociales las probables dinámicas del proceso de “neolitización” asociadas a las llamadas “revolución agrícola” y “revolución urbana” (Oyuela-Caycedo, *et. al.*, 1997), son otros de los avances propiciados por las investigación de los arqueólogos sociales. Igualmente, los aportes teóricos y metodológicos de Bate al estudio de la Prehistoria americana, así como también las reflexiones de Gándara en torno a ciertas temáticas de orden epistemológico e investigativo (Rolland 2005), son otra demostración del papel jugado por la Arqueología Social en el impulso de la investigación

arqueológica latinoamericana en las últimas décadas²⁴. En otro plano, como ya mencionamos, el novedoso (y contestatario) planteamiento de una “Arqueología comprometida”, crítica de los modelos positivistas y cientificistas de producción de conocimiento, constituyó en su momento una provocadora invitación a un profundo re-planteamiento del sentido social y político de la práctica arqueológica en nuestros países (Lorenzo [Coord], 1979).

Ahora bien, la ASL ha sido también blanco de una serie de importante críticas. Muchas de ellas, inspiradas bajo criterios netamente políticos, y con un marcado signo cientificista, conservador y anti-marxista. Muchas de

²⁴ En nuestro país, aún después de varias décadas, destacan los aportes de Julio Montané en torno a una serie de casos de estudio de Prehistoria regional. Sus investigación en torno a las primeras poblaciones paleo-indias en Chile; por ejemplo, sus investigaciones realizadas en Tagua-Tagua, así como también sus investigaciones en el Norte chico, constituyen todavía importantes referentes del desarrollo arqueológico nacional. Finalmente, aunque ya no como parte de la tradición de la ASL, las investigaciones de otros arqueólogos marxistas como T.C.Patterson, Mark Leone, Randall McGuire y otros investigadores norteamericanos, son un potente mentís de la supuesta *esterilidad* de la práctica arqueológica marxista al nivel de casos de estudio específicos. Acerca de la labor de estos arqueólogos estadounidenses, destacan sus trabajos en torno al estudio del surgimiento de las primeras aldeas y de la civilización, así como también aquellos que giran alrededor de temáticas referentes al desarrollo inicial de la sociedad capitalista.

aquellas, también, en gran medida justas. Deteniéndonos en relación de estas últimas (las primeras aquí no nos interesan), podemos destacar aquellas que plantean la existencia de una serie de dificultades al nivel de la problematización teórica y metodológica de la ASL en el terreno investigativo (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997). Estas críticas hacen hincapié en una relativa incapacidad que ha tenido esta corriente para trasladar sus planteamientos desde el ámbito teórico-epistemológico al campo de la investigación arqueológica misma. Refiriéndose a las falencias detectadas en este ámbito, ya durante los primeros momentos de existencia de la ASL, Tantaleán realiza los siguientes comentarios:

“Queda claro, a la luz de este libro [refiriéndose a *La Arqueología como Ciencia Social*], que Lumbreras tenía bastante interiorizada la teoría y el método del materialismo histórico. También tenía bastante clara la perspectiva dialéctica de la realidad social y su representación. Sin embargo, la manera de llevarla a la práctica es un elemento inexistente en dicho documento, quizá, como consecuencia de su carácter de manifiesto primigenio de esta nueva

forma de observar la materialidad social” (Tantaleán, 2004: 8).

Más adelante, refiriéndose igualmente a la escasa traducción metodológica que ha existido entre el campo de la teoría arqueológica marxista y su producción científica, este autor afirma que esta corriente:

“necesita redefinirse y llegar a realizarse mediante una praxis que sea coherente con sus ideales y retórica. Estos últimos, por el momento, son más significativos que su materialización en casos concretos de estudio (Politis, 2003: 251) y, sobre todo se necesita desplegar una teoría de la observación arqueológica a partir de las líneas fundamentales del materialismo histórico: una verdadera epistemología materialista histórica” (Tantaleán, 2004: 10).

Según Tantaleán y otros arqueólogos, existirían en el seno de la ASL una serie de falencias epistemológicas y metodológicas que, como la preservación de aspectos centrales de la interpretación histórico-cultural o la utilización contradictoria (eclectica) del funcionalismo norteamericano, habrían limitado, y en gran medida ¿abortado?, el desarrollo de la ASL como corriente arqueológica desde su nacimiento hasta

hoy (Tantaleán 2004).

“A second limiting factor is that the generation of students who were influenced by the social archaeologists of the 1970s and early 1980s became dissatisfied with the lack of a bridge between the “theory” (epistemology) and the practice of doing archaeological research. The social archeologists argued for the use of dialectic materialism as a theoretical approach to archaeology. In practice, however, the norm was the production of archaeological reports without any particular theoretical focus. In other words, the social archaeologists spoke and wrote about the epistemology of archaeology in marxists terms but continued to produce archaeological research that did not depart from culture history” (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997: 372).

Por otra parte, podemos mencionar además aquellas críticas que dicen relación con la existencia de un análisis mecánico-economicista y esquemático en el proceso de interpretación arqueológica. Lo anterior, al nivel de los principales exponentes de la ASL, aunque especialmente en la tendencia representada por el grupo de Lumbreras (Tantaleán, 2004). Estas críticas, como

hemos dicho, se refieren al peso que ha tenido en la producción de algunos arqueólogos pertenecientes a la ASL un enfoque interpretativo influenciado por el determinismo económico. Es decir, un enfoque que establece una relación en donde la economía jugaría un papel determinante, sin tomar en cuenta la importancia de los factores políticos e ideológicos en la explicación de los sistemas culturales del pasado (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997). De acuerdo a Tantaleán, al interior de la ASL sería posible observar, sobre todo en la obra de Lumbreras:

“[...] una perspectiva materialista histórica bastante esquematizada y mecánica, producto de la lectura de autores influenciados por el materialismo histórico como el australiano Gordon Childe y el peruano Emilio Choy (por ej. Choy 1960), los mismos que a su vez se asientan en las ideas originales de Morgan (1877) y Engels (1884). Obviamente, existe un fuerte evolucionismo social producto de estas fuentes. De hecho, el artículo más significativo [refiriéndose al trabajo de Lumbreras] por la presencia de evidencia material (principalmente fechados radiocarbónicos) titulado “La Evidencia Etnobotánica en los

Orígenes de la Civilización” utiliza el esquema morganiano de Salvajismo, Barbarie y Civilización (Lumbreras, 1974: 177), el mismo que se aplica directamente sobre la endeble evidencia arqueológica disponible en aquellos años” (Tantaleán, 2004: 7).

Finalmente, podemos traer a colación aquellas críticas que, esta vez provenientes de posiciones neo-marxistas, dicen relación con el carácter supuestamente trans-histórico del método tradicional (clásico) del Materialismo histórico. De acuerdo a estas posiciones, sería necesario una mayor problematización de algunas categorías claves del análisis marxista: por ejemplo, las categorías de *trabajo* y *modo de producción* (Rolland 2005). Estas habrían sido entendidas por los arqueólogos sociales, según estos autores, de forma *a-histórica*, siguiendo *a-problemáticamente* las definiciones que hiciera Marx de aquellas en relación a las sociedades capitalistas modernas (Rolland 2005). El resultado de lo anterior sería dejar de lado una caracterización particular de dichas categorías, sin tomar en cuenta el contexto socio-histórico y cultural *particular*²⁵ de las sociedades

prehistóricas en estudio (Rolland 2005). Según estas ideas, sería por tanto imprescindible la elaboración de una propuesta arqueológica basada en una lectura materialista histórica *alternativa*, definiendo a esta última como *no esencialista* y *no determinista* (Rolland 2005).

“Nosotros defendemos una lectura de Marx a la luz de un marco teórico concreto [...]. Como consecuencia de este marco teórico planteamos otra relación entre el marxismo y la arqueología [...] Su consecuencia principal es que el axioma histórico, proclamado en nombre de Marx, de la determinación económica de las formas sociales, en el que el trabajo juega un papel central en la estructuración de cualquier práctica y representación social y en el que la escisión entre producción y distribución tiene una validez antropológica para medir, respectivamente, los elementos permanentes y esenciales, por un lado, y los cambiantes o formales, por otro, se transforma radicalmente. La implicación política de esta perspectiva resume en la búsqueda arqueológica de los determinantes históricamente específicos de las formas sociales y las formas de poder [...]. [En otras palabras, esta propuesta] incorpora una ontología

²⁵ ...muchas veces diametralmente opuestas a las lógicas culturales imperantes en la sociedad moderna.

contraria al esencialismo [...] Por otro lado, [esto implica] que una de las lecturas más comunes de Marx, la que convierte al trabajo en el determinante de la formación de las sociedades a lo largo de la historia, responde a un discurso específico, que puede ser estudiado en función de los contextos y motivaciones en que se creó y desarrolló, y que puede ser rebatido desde otros planteamientos como el que aquí defendemos”. (Rolland, 2005: 14-15).

Reafirmando su propia definición de la categoría de trabajo, en *oposición* a la definición marxista tradicional (clásica) de la misma (ocupada por la ASL como una de sus categorías bases), Rolland (2005) señala que:

“En cuanto a la forma de aparecer que tiene el trabajo, en las sociedades no capitalistas parece que las actividades productivas y sus resultados determinan las relaciones sociales. Los resultados del trabajo nunca son meros objetos, sino que están infundidos de significados (simbolismo) y de ese modo se asume que son ellos los que determinan la posición social, la definición étnica, etcétera, cuando en realidad son las relaciones sociales las que constituyen estos resultados

del trabajo de un modo tan significativo. Esto indica, por tanto, que el trabajo no constituye la sociedad en las sociedades no capitalistas, sino, al revés, se ve constituido por ellas, pese a las apariencias [...] esto exige entender que, en el momento en que nos desplazamos a otros momentos históricos, el objeto de conocimiento que perseguimos, por ejemplo la organización del trabajo en torno a la minería y metalurgia de la Edad del Bronce en Eurasia, no puede explicarse en función de una esencia o categoría pretendidamente neutral como “la organización del trabajo” y de la forma que adquiere. Es preciso entenderlo históricamente, es decir, teniendo en cuenta las relaciones concretas de alteridad que en realidad dotan de existencia histórica al objeto de conocimiento al que aludimos con nuestras categorías, y que existen independientemente de nosotros” (Rolland, 2005: 18-19)²⁶.

²⁶ Según creemos, el error de estos planteamientos corre por *vía doble*. Por un lado, la afirmación (*general-esquemática*) que hace Rolland (2005) a la existencia de un análisis mecánico determinista del trabajo y el modo de producción *sobre* las relaciones sociales. Es decir, una perspectiva que, *supuestamente* común al conjunto de la tradición marxista clásica, no tomaría en cuenta el papel *determinante* de las relaciones sociales sobre las diversas formas de trabajo y modos de producción existentes a través de la historia. Sin embargo, basta con remitirnos a algunas ideas de Childe, ¡hace más de medio siglo!, respecto al rol de las relaciones sociales en el origen de los modos de producción para *relativizar* estos

Importantes reflexiones que, junto a una mayor problematización de los aportes y debilidades que han caracterizado el desarrollo de la ASL en el pasado, deben ser objeto de un tratamiento más profundo del que es posible en los marcos de este artículo. Esto último, sobre todo para quienes veamos en el Materialismo histórico una poderosa herramienta de interpretación del pasado, así como también, desde ahí, la una guía para la transformación revolucionaria del presente.

V. La Arqueología Marxista en el Estado Español: La teoría de las prácticas sociales. ¿Hacia una Arqueología Social Iberoamericana?

Hacia comienzos de los años 80's, luego de décadas de dictadura franquista, comienza a desarrollarse en España un importante núcleo de

planteamientos. Por otra parte, el error de Rolland (2005) consiste en *reemplazar* un tipo de *determinación mecánica*, la económica, *por otra*: la de las relaciones sociales sobre la esfera productiva. Por el contrario, las reflexiones que han dado los arqueólogos sociales latinoamericanos en torno a los conceptos *modo de vida* y *sociedad concreta* apuntan, precisamente, a establecer una clara *separación* con las diferentes formas de análisis mecánico: sea este de tipo económico o *cultural*, dando cuenta de la *inevitablemente* compleja *dialéctica* entre trabajo, modo de producción, relaciones sociales y cultura.

arqueólogos influenciados en su quehacer científico por el Materialismo histórico (Tantaleán 2005). En el marco de una Arqueología de marcado carácter conservador, este grupo es parte de una reacción intelectual más amplia (que incluyó a varios arqueólogos de renombre) en contra del fuerte sesgo tradicionalista e historicista que primaba por entonces en la academia arqueológica española (Tantaleán 2005).

Fue en el contexto del desarrollo de las importantes transformaciones políticas acaecidas en España una vez terminada la dictadura de Franco²⁷, que aparece uno de los primeros trabajos en que se hizo una defensa explícita del Materialismo histórico como método de interpretación y análisis arqueológico (Vazquez Varela y Risch 1991, citados en Tantaleán 2005). Este trabajo, bajo la autoría de Vicente Lull, constituyó²⁸ un verdadero puntapié inicial para la conformación de un nutrido grupo de Arqueología marxista en Barcelona (Vazquez Varela y Risch 1991, citados en Tantaleán 2005). En pocos años,

²⁷ Durante este periodo se produce, en el marco de la consolidación de la llamada "transición democrática española", la llegada de sectores demócrata-burgueses al poder ("progresistas"), críticos del régimen franquista.

²⁸ ...pese a la fuerte crítica que suscitó en el campo académico tradicional.

dicho grupo da inicio a sus primeras investigaciones de campo, impulsando la elaboración de un marco teórico anclado en la tradición del Materialismo histórico (Chapman *et al* 1987, Gasull *et al* 1984, citados en Tantaleán 2005). Un paso importante en la consolidación institucional de este núcleo fue la creación del “Departament d’Historia de les Societats Pre-capitalistes i d’ Antropologia Social” de la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB), en cuyo seno se llevaría a cabo una destacada labor teórica e investigativa inicial adscrita a los marcos teóricos del Materialismo histórico y a ciertos postulados neo-marxistas (Rolland 2005). Posteriormente, otro de los hitos de la consolidación de este grupo fue la edición de la *Revista Atlántica Mediterránea de Arqueología Social* (RAMPAS), uno de los principales órganos de este núcleo.

A partir de la década de los 90’s, este grupo de arqueólogos realiza una de las formulaciones mas concretas en torno a la forma en que conciben la aplicación del método marxista en la interpretación arqueológica (Rolland 2005). Denominada como “teoría de las practica sociales” (Castro *et al* 1996), esta última recoge tanto elementos del Materialismo histórico como de ciertas

teorías sociales neo-marxistas referidas a los fenómenos de producción-reproducción de la vida social. Sus autores parten de la base de que el Marxismo se propone:

“identificar y explicar las condiciones objetivas materiales en las que se basa la producción de la vida social, así como descubrir si las relaciones sociales que se establecen en y entre la sociedades, explotan, ocultan y /o alienan al individuo social” (Castro *et al* 1998:25).

En este sentido, dicha teoría plantea que las sociedades humanas constituyen:

“conglomerados de interés conformados por hombres y mujeres (agentes sociales) y las condiciones materiales en las que viven (mundo de los objetos) [...] Los acontecimientos que ponen en relación estas tres categorías objetivas [*agentes, condiciones materiales y objetos*] constituyen las prácticas sociales, las cuales plasman en un sentido concreto toda la combinatoria potencialmente ilimitada entre las tres condiciones objetivas de la vida social²⁹.” (Castro *et al* 1996:35).

²⁹ Por condiciones objetivas de la vida social se hace referencia a las esferas *parental*,

De esta forma, mediante la articulación de las condiciones materiales de la vida social en sus distintos niveles, las prácticas sociales se constituyen como las gestoras y sostenedoras de las mismas (Castro *et al* 1996). En el marco de este proceso se establecerían así una serie de reglas del “juego social”, características de cada grupo social en el ámbito de su reproducción social inmediata (Castro *et al* 1996). Al nivel del registro arqueológico, las prácticas sociales tendrían entonces una importancia fundamental en la forma en que se estaría expresando la cultura material en sus distintas esferas: *parental, económica o política* (Castro *et al* 1996). El papel de las prácticas sociales sobre las diversas expresiones materiales de una sociedad dada, teóricamente visible en el registro arqueológico, sería por tanto clave en el campo de la producción y reproducción de la realidad social en su conjunto (Castro *et al* 1996). De acuerdo a estos planteamientos, este papel de las prácticas sociales en el ámbito de la cultura material se daría, entre otras cosas, mediante la generación y mantenimiento de los hombres y mujeres por parte de la esfera parental; por medio de la producción de las

económica y política propias a cada grupo humano.

condiciones materiales para la vida social realizada por la esfera económica; y finalmente, por la creación de categorías sociales que trascienden la condición sexual por parte de la esfera política (Castro *et al* 1996).

En el campo de la interpretación arqueológica, la teoría de las prácticas sociales permitiría acceder, de esta manera, a las tres condiciones objetivas básicas de la vida social ya mencionadas (parental, económica y política) (Castro *et al* 1996). De aquí, sería posible la reconstrucción, vía registro material, de la forma en que se habría dado la articulación de las prácticas sociales, tal y como aquellas se combinaron en el pasado (Castro *et al* 1996). El presupuesto de esto último lo constituye la idea arqueológica básica de que las condiciones objetivas de la vida social poseen una realidad material que facilita, aunque no sin una debida problematización teórica, su identificación empírica (Castro *et al* 1996). Siguiendo estas ideas, la *disposición* de dichas condiciones objetivas constituiría un potente indicador en el reconocimiento de *espacios sociales*, en los cuales las relaciones entre objetos (materialidades) darían cuenta de áreas de actividad

social o espacios estructurados socialmente (Castro *et al* 1996). La recurrencia o singularización de dichas relaciones (entre objetos) hará que cobren significado ciertas prácticas socio-paréntales y/o socio-políticas, siendo la generalización teórica de dichas recurrencias o singularidades el eslabón interpretativo necesario para reconstruir las prácticas sociales de una sociedad en el pasado (Castro *et al* 1996).

Por último, es necesario referirnos a la definición de *objetos arqueológicos* que proponen los autores de la teoría de las prácticas sociales. Rehuendo de una comprensión simplista de los mismos, esencialmente tipológica-descriptiva³⁰, así como también ligándola a una perspectiva materialista, dicha definición destaca que dichos objetos poseen:

“[...] unas «formas de ser» y unas «maneras de estar» (Castro y otros 1996: 42). Las primeras son definidas por el «proceso de trabajo» y el conjunto de movimientos concretos o técnicos a él asociado; como prácticas socioeconómicas, estos movimientos otorgan a sus resultados o valores de uso una función original

y esencial destinada a satisfacer las exigencias mínimas de vida (Castro y otros 1996: 38, 42). Con motivo de diversas relaciones espaciales entre estos productos, esta función original es colonizada por otros tipos de prácticas, que les infunden un significado más social y, en ocasiones, ocultan a quienes han sido sus autores o han hecho posible su producción (Castro y otros 1996: 40, 42-3)” (Rolland 2005:14).

Los objetos arqueológicos no solo nos hablarían sobre el espacio social y geográfico en que aquellos se desarrollaron (plano de los circundatos), sino que a la vez constituirían importantes indicadores acerca de la gestión social que le habrían dado los hombres al mismo (plano de los arteusos). Así también, estos objetos dirían relación con la forma particular que tuvo cada sistema social de implementar dicha gestión del espacio, teniendo como fin el cumplimiento de objetivos determinados (plano artefactual) (Castro *et al* 1996). Los objetos arqueológicos informarían por tanto acerca de las condiciones sociales particulares que caracterizaron la vida material sobre la cual se asentó un grupo humano en el pasado (Castro *et al* 1996). De esta forma, estos últimos no serían:

³⁰ ...común a una amplia diversidad de corrientes en Arqueología.

“[...] meros productos pasivos ni tampoco instrumentos sumisos en manos habilidosas que median en la producción social, sino sujetos determinantes que habilitan gestos, pensamientos y acciones que marcarán el rumbo y la instrucción de nuevas manos y pensamientos, pensamientos que se erigirán en punto de partida del conocimiento de una historia que colaboran activamente a construir. Los objetos han sido hechos con la misma intensidad con la que nos hacen” (Lull 2005:8).

Tomando en cuenta lo enunciado hasta aquí, podemos afirmar que uno de los aportes más atrayentes de la producción teórica del grupo marxista español ha sido el desarrollo de una teoría social contrastable al nivel del análisis de los restos materiales (Tantaleán 2005)³¹. Conviene mencionar, de igual forma, que los aportes de este núcleo de arqueólogos marxistas, entre cuyos investigadores destaca Vicente Lull, José Ramos y Pedro Castro, no pueden ser enunciados exclusivamente en el

³¹ Este aspecto de la producción intelectual de los arqueólogos marxistas españoles cobra mayor relevancia si se toma en cuenta que, justamente, aquel ha sido uno de los ámbitos más *débiles* de la labor de los arqueólogos sociales latinoamericanos.

plano de la academia³². Esto último, especialmente en la medida que gran parte de estos arqueólogos, como Lull y Ramos, han abierto las puertas al tratamiento de los aspectos político-prácticos de la investigación en arqueología (Rolland 2005). Destacan en estos esfuerzos la importancia que han dado dichos arqueólogos a la ciencia histórica o arqueológica en la labor de desentrañar teóricamente las distintas formas de naturalizaciones del pasado que realiza la ideología capitalista. Igualmente, destaca la promoción que han hecho estos intelectuales de una gestión democrática y horizontal del patrimonio arqueológico (Rolland 2005). Estas herramientas, entre muchas otras, constituyen importantes insumos sobre los cuales como arqueólogos podemos aportar a la transformación del presente mediante nuestro propio ejercicio disciplinario.

En los últimos años, el acercamiento entre las nuevas generaciones de arqueólogos sociales latinoamericanos con los desarrollos de la Arqueología Social Española, constituye un importante precedente para la futura

³² ...aún cuando la mayor parte de la actividad de estos se haya desarrollado dentro de la misma.

evolución de la perspectiva marxista en Arqueología. Tal y como ya han planteado algunos arqueólogos, esto podría constituir un antecedente en la gestación de una verdadera *Arqueología Social Iberoamericana*, explícitamente marxista.

VI. Conclusiones

La importancia de la Arqueología Social ha sido ampliamente aceptada por el conjunto de la comunidad académica. A diferencia de otras corrientes desarrolladas en nuestros países, en la gran mayoría de los casos meras subsidiarias de tendencias (o *modas*) teóricas provenientes del “primer mundo”, existe un consenso en reconocer a la ASL como la *primera* escuela de pensamiento arqueológico nacida en América Latina. Según algunos connotados arqueólogos, entre otros los norteamericanos T.C. Patterson o R. McGuire, esta ha llegado a ejercer un profundo y verdadero impacto en la arqueología de nuestro continente (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997).

En el caso de los arqueólogos que discuten la real dimensión de su

influencia³³, estos parten primero por reconocer el destacado papel que ha cumplido la Arqueología Social desde su nacimiento. Antes que *negar* o cuestionar su relevancia, lo que hacen es debatir la *real* influencia que esta última habría tenido en la evolución de la arqueología regional, principalmente en los países en los cuales adquirió mayor peso.

En términos generales, la importancia de la ASL puede ser evaluada a partir de una serie de variables. Por un lado, la *difusión* y el *impacto* que han tenido sus planteamientos “ético-valorativos”, entendiéndolo por estos una serie de nociones respecto al *¿para qué?* de la producción de conocimiento. Por otra parte, el grado de *desarrollo* de su producción teórica y reflexión metodológica, al calor del impulso de una serie de casos de estudio concretos³⁴. Finalmente, la importancia de la ASL puede ser medida además en términos de la *consolidación*

³³ ...entre otros, H. Tantaleán, A. Oyuela-Caycedo, A. Anaya, C.G. Elera y L.M. Valdez.

³⁴ Para una revisión de estos casos de estudio, que no podemos abordar en los marcos de este artículo, remitimos al lector al estudio de la obra de los principales exponentes de este corriente. En los próximos meses, revisar la nueva edición de esta serie, el libro (compilación) *Luis Felipe Bate, contribuciones al pensamiento marxista desde la reflexión arqueológica* (prólogos de Francisco Gallardo y Donald Jackson).

académico-institucional que esta llegó a alcanzar desde su origen.

Con respecto al nivel de difusión que tuvieron los planteamientos “ético-valorativos” de la Arqueología Social, estos llegaron a tener, fundamentalmente durante sus primeros años, un fuerte impacto al momento de la discusión sobre el *sentido social* de la práctica arqueológica. La propuesta de una Arqueología “comprometida” con el cambio social, crítica de aquellas corrientes arqueológicas promotoras de intereses económicos y políticos ligados al colonialismo³⁵, ha llegado así a influenciar fuertemente la “ubicación intelectual” de una gran cantidad de arqueólogos en las últimas décadas (Benavides 2001). En este ámbito, la ASL tiene como mérito haber sido la *primera* corriente arqueológica en Latinoamérica que se haya planteado la discusión en torno al problema de los intereses sociales y políticos que se encuentran en la base del quehacer arqueológico (Lorenzo [Coord], 1979). Su crítica a las diversas formas de “Arqueología tradicional”; especialmente la Arqueología histórico-

cultural y la “Nueva Arqueología”³⁶, tuvo una importante repercusión a la hora de la evaluación de los criterios de legitimación de la producción de conocimiento en Arqueología³⁷.

Ahora bien, reconocemos que el impacto que tuvo la propuesta *político-valorativa* de la Arqueología Social *no* ha sido homogéneo, ni temporal ni regionalmente. Esta influencia, *desigual*, se habría dado con mayor fuerza durante los 70’s y la primera mitad de los años 80’s, paralelamente al fortalecimiento de los diversos procesos de transformación revolucionaria que recorrieron el continente. Durante el periodo siguiente, especialmente desde los años 90’s, esta influencia experimentaría un agudo reflujo, de la mano de la derrota del ascenso de masas y de la instauración de los planes neoliberales en la región (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997). De esta manera, la influencia de los planteamientos ético-valorativos de la ASL se habría

³⁵ Uno de los casos paradigmáticos de esto ha sido, sin duda, la *Nueva Arqueología* Norteamericana.

³⁶ ...así como también su rechazo del neopositivismo y cientificismo académico.

³⁷ La importancia de la Arqueología Social en este punto puede ser medida además en el hecho de que un gran número de arqueólogos, provenientes de las más diversas tendencias teóricas, han debido dar cuenta (quiéranlo o no) de estas discusiones. Esto último, sobre todo desde comienzo de los años 80’s, ya sea manteniendo algún grado de cercanía con los planteamientos *político-ideológicos* de la ASL, o bien rechazándolos de plano.

dado mayormente en los países en los cuales se conformaron gobiernos de izquierda³⁸, siendo mucho menor en aquellos en los cuales la burguesía logró mantener en el poder sectores más proclives a sus intereses (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997).

Sobre el impacto que llegó a tener la producción teórico-metodológica de la Arqueología Social, así como también acerca de la importancia de su práctica arqueológica, podemos afirmar que su influencia ha sido también *relevante*, aunque nuevamente *desigual* y tan solo en algunos países (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997). Acerca de esto, es evidente que el intento de esta corriente por desarrollar una propuesta teórica a partir de las perspectivas del Materialismo histórico ha tenido, *cuando menos*, una *amplia* difusión continental. Las obras de los principales exponentes de la ASL son conocidas, y leídas, en la *mayoría* de las Universidades en Latinoamérica (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997). Los trabajos de Lumbreras, Bate, Vargas, Sanoja y Montané, entre otros, han sido ampliamente conocidos y estudiados (en mayor o menor medida) por el conjunto de la comunidad arqueológica latinoamericana. Lo anterior,

³⁸ ...principalmente en Perú, Chile, México, Venezuela, además de Cuba.

independientemente del nivel en que sus planteamientos hayan sido progresivamente aceptados, revisados o refutados (Benavides, 2001). En el ámbito del desarrollo de la práctica arqueológica misma (casos de estudio), puede afirmarse que las principales propuestas teóricas y metodológicas de esta corriente, especialmente en el caso de Lumbreras, Vargas, Sanoja y Bate (Rolland, 2005) han tenido una difusión similar. Nuevamente, más allá de si aquellas propuestas hayan sido mayormente aceptadas por las distintas agrupaciones de arqueólogos en nuestros países. Con relación a esto último, cabe resaltar el significativo aporte de Lumbreras en el campo de sus investigaciones en torno al proceso cultural en Andinoamérica, siendo los resultados de dichas investigaciones (por muchos años) una especie de síntesis de la interpretación arqueológica en este terreno. De la misma forma, resalta la influencia que han tenido los trabajos de Vargas y Sanoja sobre una serie de casos de estudio, principalmente en Venezuela, y la de los planteamientos teóricos de Bate desde su exilio en México³⁹.

³⁹ Como hemos dicho, no es posible realizar aquí una revisión más particularizada de los aportes específicos de la ASL en el terreno investigativo. Para un estudio más acabado en torno al desarrollo de la Arqueología Social,

En cuanto a la influencia que ha ejercido el desarrollo teórico-metodológico de la ASL en la práctica arqueológica de América Latina, esta ha sido, nuevamente, más bien *irregular*. Aparte de los países que hemos mencionado: Perú, México, Venezuela y Cuba, la adopción de teorías y de una propuesta metodológica influenciada por los planteamientos de la ASL ha sido *limitada* o *nula* (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997). Incluso en los países en los cuales la ASL llegó a tener mayor presencia (Perú y México), el impacto de la ASL ha tenido importantes *limitantes* (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997). En el caso peruano, la influencia de esta corriente se ha visto profundamente debilitada, principalmente a partir de los años 90's. Aquello se ha visto reflejado, entre otras cosas, en el propio devenir de la producción de conocimiento arqueológico en dicho país, con una creciente tendencia a la preeminencia de una investigación e interpretación arqueológica de corte histórico-cultural y procesual (Tantaleán, 2004). Estos enfoques (histórico-culturales y procesuales) han influenciado de tal manera la evolución de la ASP

revisar los trabajos de McGuire 1992, Fernández 2004, Trigger 2006, Politis 2003, 2006.

(Arqueología Social Peruana), que la propia "Gaceta Arqueológica Andina" (GAA) ha experimentado una importante merma de las publicaciones inspiradas en un marco teórico y metodológico materialista histórico. Más aún, en parte debido al curso del propio desarrollo político peruano⁴⁰, el mismo grupo de arqueólogos seguidores de Lumbreras se vio fuertemente disminuido, emigrando la mayoría de aquellos a otras escuelas de pensamiento arqueológico (Tantaleán 2004). Esto significó, a comienzos de los años 90's, una importante crisis en el seno de la ASL, la cual puso en entredicho la existencia misma de la Arqueología Social Peruana, uno de sus centros fundadores (Tantaleán, 2004).

En relación al grado de consolidación de la práctica arqueológica de la ASL; es decir, el impulso de programas y proyectos de investigación y la publicación de sus resultados, la situación de esta corriente en Latinoamérica ha tenido aún *mayores* limitantes (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997). En la mayoría de los países su producción ha sido, aunque relevante en

⁴⁰ ...el cual experimentó un importante giro a derecha a partir de la segunda mitad de la década de los 80. Esto último, en el marco de la irrupción de una serie de gobiernos de corte neoliberal y de la aparición de grupos terroristas de izquierda como *Sendero Luminoso*.

algunos, cada vez más escasa. Como dijimos, en el caso de Perú la propia evolución del principal órgano de la ASP, la *Gaceta Arqueológica*, ha sido un buen reflejo de esto último (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997). En el caso de México, aunque con una producción mayor y más sostenida en el tiempo, el peso de la práctica arqueológica de la ASL se ha encontrado lejos de alcanzar una situación prominente, manteniéndose en una situación más o menos secundaria (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997).

Finalmente, respecto al desarrollo académico-institucional que ha tenido la Arqueología Social desde su nacimiento, este también se ha visto fuertemente influenciado por el devenir del marco político y social de la realidad social latinoamericana (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997). Durante los años 70's y 80's la ASL experimenta un importante *avance* en este terreno. El rol de Lumbreras en Perú y el de Bate en México, el primero a cargo de una serie de espacios académicos al interior de la institucionalidad universitaria, así como su labor directiva en la "Gaceta Arqueológica Andina", dan cuenta de este avance. Posteriormente, se produce una más bien acusada *disminución* de

esta presencia, fundamentalmente a partir de la segunda mitad de los 80's y, sobre todo, a partir de la década siguiente. (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997). Fue justamente en este ámbito: el académico-institucional, en el cual la Arqueología Social no llegó a ocupar más que un lugar *marginal* en el seno de la academia arqueológica latinoamericana. Ahora bien, más allá del peso que habrían tenido las propias debilidades internas de la ASL en esta situación, aquello habría sido propiciado, en no menor medida, por el importante grado de *hostilidad* de los arqueólogos *tradicionales* al ideario político marxista. Sin duda, este ideario⁴¹ ha representado (y representa todavía hoy) una importante *amenaza* para la reproducción de las castas académicas tradicionales en Latinoamérica. Estas últimas, asumiendo a veces en sus sectores "críticos" un discurso político "anti-colonial" o *ligeramente* "anti-capitalista"⁴², se han vistos en la

⁴¹ ...y su *perfil* de arqueólogo *comprometido* con la lucha de clases y la perspectiva de la revolución y el socialismo.

⁴² ...principalmente en clave post-moderna o "étnica", aunque siempre manteniendo dicha crítica (por supuesto) en los *inofensivos* marcos de un *discurso democrático-burgués*, teñido a ratos de una importante cuota de "radicalismo" (*verbal*) de pasillo. Otra variante de lo mismo son el sinnúmero de propuestas autodenominadas como *anti-modernas*, cuya crítica del sistema capitalista no va más allá de

necesidad de cuestionar *por todos los frentes* la práctica de los arqueólogos marxistas, cumpliendo así un rol *funcional* a la preservación del *statu quo ideológico y político* en sus respectivos países.

En nuestros días, comienza a desplegarse en América Latina un mejor escenario para el *re-fortalecimiento* de una práctica arqueológica de tradición marxista. La crisis ideológica del neoliberalismo a nivel internacional, los nuevos fenómenos de lucha de clases en el continente y el mayor peso que vienen adquiriendo en lo teórico algunos de los postulados del Materialismo histórico y de ciertas corrientes neo-marxistas, son un indicativo de lo anterior. De igual forma, la mayor actividad de una nueva generación arqueólogos, “críticos” de los marcos tradicionales de la producción académica y de la sociedad actual, constituye un importante *revés* de la *ideología cientificista* que primara durante las últimas décadas en esta disciplina. Será en la medida en que tanto las nuevas como las viejas generaciones de arqueólogos sociales en América Latina y España den cuenta de

la elaboración de *utopías discursivas* que, otra vez, no apuntan a una crítica de fondo del mismo.

las *exigencias y desafíos* planteados por el desarrollo de su propia práctica arqueológica, que esta última podrá constituirse en un nuevo *referente* para el desarrollo de la Arqueología internacional.

Sin embargo, la repercusión política que pueda llegar a tener la Arqueología Social en este nuevo periodo *no* se resolverá en el mero ámbito de la producción científica. Únicamente en tanto los arqueólogos marxistas sean capaces de establecer una clara *diferencia* con los llamados “sectores críticos”, en gran parte escépticos del papel de la clase obrera como sujeto de cambio, podrá ser que la actividad política de los primeros llegue a tener algún tipo de trascendencia. Esto último, que implica discutir el papel de la elaboración intelectual desde una perspectiva *anti-capitalista* y *militante*⁴³, tal y como hicieron en su momento los fundadores del Marxismo, con el objetivo de *disputar* un espacio como *tribuna práctica* para las ideas de la Revolución y el Socialismo.

⁴³ Única perspectiva (marxista) desde donde es posible ligar el trabajo político intelectual-académico con un proyecto de transformación social que *trascienda* los estrechos límites de la academia universitaria. Es decir, que sea capaz de empalmar, *desde* la arena intelectual-ideológica, con los intereses y la lucha de la clase obrera y los sectores populares por su emancipación.

Referencias bibliográficas

- Alcina F. 1989. *Arqueología Antropológica*. Editorial Akal S.A., Madrid.
- Bate L. F. 1977. *Arqueología y Materialismo Histórico*. Ediciones de Cultura Popular, México.
1978. *Sociedad, Formación Económico-Social y Cultura*. Ediciones de Cultura Popular, México.
1998. *El proceso de Investigación en arqueología*. Editorial Crítica (Grijalbo Mondadori S.A.), Barcelona.
- 2007a. “Un Fantasma recorre la Arqueología (no solo en Europa)”. En: *Boletín Electrónico Arqueología y Marxismo* (www.historiamarxista.cl). Ediciones Las Armas de la Crítica, pp: 4-28.
- 2007b. “Teorías y métodos en Arqueología ¿Crítico o proponente?”. En: *Boletín Electrónico Arqueología y Marxismo* (www.historiamarxista.cl). Ediciones Las Armas de la Crítica, pp: 105-115.
- 2007c. “Notas sobre el materialismo histórico en el proceso de investigación arqueológica”. En: *Boletín Electrónico Arqueología y Marxismo* (www.historiamarxista.cl). Ediciones Las Armas de la Crítica, pp: 116-143.
- Benavides H. 2001. “Returning to the source: Social Archaeology as Latin American philosophy”. En: *Latin American Antiquity*, Vol.12, N.4.
- Castro P., Chapman R., Gili S., Lull V., Mico R., Rihuete C., Rish R. y Sanahuaja M. 1996. “Teoría de las Prácticas Sociales”. En: *Complutum Extra*, 6 (II): 35-48.
1998. “Teoría de la Producción de la Vida Social. Mecanismos de explotación en el sudeste ibérico”. En: *Boletín de Antropología Americana* 33: 25-78.
- Johnson M. 2000. *Teoría Arqueológica*. Editorial Ariel, S.A, Barcelona.
- Lorenzo J.L. (Coord.). 1979. “Hacia una Arqueología social. (Reunión en Teotihuacan, Octubre de 1975)”. En: *Revista Nueva Antropología*, Vol.III (12): 65-92.

- Lull V. 2005. "Marx, Producción, Sociedad y Arqueología". En: *Trabajos de Prehistoria* 62 (1): 7-26.
- Lumbreras L.G. 1974. *La Arqueología como Ciencia Social*. Ediciones Hístar, Lima.
- Marx K. y Engels F. 1973. *La Ideología alemana*. Editorial Pueblos Unidos, Montevideo.
- McGuire R. 2002. *A Marxist Archaeology*. Percheron Press, New York.
- Oyuela-Caycedo, Augusto Anaya, Armando Elera, Carlos Valdez Lidio. 1997. "Social Archaeology in Latin america? Comments to T.C.Patterson". En: *American Antiquity*, Vol.62, N.2.
- Rolland, J. 2005. "Yo [tampoco] soy marxista. Reflexiones teóricas en torno a la relación entre marxismo y arqueología". En: *Complutum*, Vol.16: 7-32.
- Sanoja M. y Vargas I. 1983. *Antiguas Formaciones y Modos de Producción Venezolanos*. Monte Ávila Editores, Caracas.
- Tantaleán H. 2004. "La Arqueología social peruana: ¿Mito o realidad?". Artículo aparecido como: L'Arqueología Social Peruana: ¿Mite o Realitat? En: *Cota Zero* (19): 90-100. Vic. España.
2005. *Arqueología de la Formación del Estado, El Caso de la Cuenca del Titicaca*. Editorial Avqi, Lima.
- Veloz M. 1984. "La arqueología de la vida cotidiana: matices, historia y diferencias". En: *Antropología Americana* 10:5-21.

Anexos

I. Ensayo

V.G.Childe, fundador de la Arqueología Marxista⁴⁴

El objetivo de este ensayo, dirigido fundamentalmente a las nuevas generaciones de estudiantes de Arqueología, consiste en precisar algunas nociones de la obra de V.G.Childe, un importante pensador marxista. Revisaremos algunas de sus principales reflexiones en el campo de la interpretación histórica, expuestas en sus libros *Teoría de la Historia* y *Los Orígenes de la Civilización*. Creemos que esto es relevante ya que allí Childe plantea varias ideas de su concepción materialista de la historia, esenciales para su propia reflexión y práctica arqueológica. Trataremos aquí además su concepto de *cultura arqueológica*, discutiendo sobre algunos aspectos de su particular *propuesta metodológica*. Intentaremos con esto reconocer, en la obra de Childe, el tipo de relación existente entre aquellas concepciones teóricas y el desarrollo de la práctica arqueológica, tal y como esta relación es concebida en dos de sus más conocidos trabajos. Nos referimos a su ya mencionado libro *Los orígenes de la Civilización* y a *Prehistoria de la Sociedad Europea*, en los cuales Childe desarrolla algunos de sus planteamientos centrales; los conceptos de *Revolución Neolítica* y *Revolución Urbana*. Finalmente, a partir del libro *Historia del Pensamiento Arqueológico* y del artículo “Childe’s Relevance to the 1990s”, ambos de Trigger, así como del trabajo “Childe the Evolucionist. A perspective from Nuclear America”, de Flannery (1992), discutiremos algunas ideas para un balance crítico del pensamiento y la obra de este importante investigador de la historia de la Arqueología.

1. Introducción

Durante la primera mitad del siglo XX, V. G. Childe *sintetizó* en su obra algunos de los más importantes avances de la práctica arqueológica. Este último tomó en sus reflexiones una gran parte de las distintas tradiciones de las escuelas de pensamiento arqueológico, *reinterpretando* (y superando) dicha tradición a partir de sus propias concepciones teóricas, el Materialismo histórico. Al mismo tiempo, la obra de Childe presenta importantes *puntos de contacto* con el desarrollo de algunas corrientes arqueológicas que se desarrollaron posteriormente; entre otras, la “Nueva Arqueología”, la “Arqueología Social Latinoamericana” y la “Arqueología Post-procesual”, transformándose así en una verdadera *bisagra* entre las diversas tradiciones del pensamiento arqueológico hasta nuestros días.

Ahora bien, Childe fue también un hombre de su tiempo, siendo sus planteamientos influenciados por algunos de los presupuestos del análisis evolucionista e histórico-cultural en boga. Una sobre-valoración de los procesos de difusión cultural y del método de comparación etnográfica, al igual que una a veces escasa valoración de la capacidad de invención de las distintas sociedades⁴⁵, son aspectos presentes en sus reflexiones.

⁴⁴ Este ensayo tiene por base la realización de un trabajo elaborado en el marco del curso “Teoría Arqueológica I” (2007) de la carrera de Antropología con mención en Arqueología, a cargo del Profesor Andrés Troncoso (Universidad de Chile). Sus responsables fueron Miguel Fuentes y Rosa Tureuna.

⁴⁵ ...por ejemplo, en el caso de su explicación acerca del proceso de neolitización en Europa.

2. La teoría materialista de la historia en Childe. La importancia de la base tecno-económica en el desarrollo histórico

Desde un comienzo, la reflexión y el trabajo arqueológico de Childe se encuentran íntimamente ligados a un cierto enfoque teórico: esto es, imbricados a las concepciones fundamentales del Materialismo histórico. Este fue una de las matrices teóricas básicas a partir de la cual Childe desplegó, sobre todo en sus momentos de mayor madurez científica, una gran parte de su trabajo y reflexión como arqueólogo.

En su libro *Teoría de la Historia*, Childe (1983) expone varias de las ideas principales de sus postulados. Aquí Childe discute contra algunos de los planteamientos más difundidos de la obra de Hegel, fundamentalmente aquel que concibe la historia como la manifestación de un orden racional *trascendental*, “materializado” en las distintas etapas del desarrollo histórico. Así también, polemiza con los razonamientos de Spengler y Toynbee, para quienes el devenir histórico no se explicaría sobre la base de la compleja evolución de las condiciones de existencia concretas de cada sociedad, sino que a partir del establecimiento de una serie de etapas de carácter *general* y *a-históricas*: *nacimiento*, *floreCIMIENTO*, *decadencia* y *muerte*. Igualmente, Childe debate con el pensamiento de estos filósofos para quienes el desarrollo histórico se presentaría como la sucesión de una *serie universal* de “tipos” de sociedades, sin atender a los procesos históricos particulares o a las características concretas de cada una de aquellas (Childe 1983).

Contrariamente a estos postulados, Childe defiende el papel de primer orden que habrían tenido las condiciones materiales de existencia en el devenir particular de la sociedad; esto es, la importancia de la *base tecno-económica* en su desarrollo (Childe 1983). En otras palabras, aquel establece el rol fundamental que han tenido los *medios de producción* y las *relaciones sociales de producción* en las distintas formas (específicas) de evolución histórica (Childe 1989). De acuerdo a estas ideas, el tipo de relación existente entre medios y relaciones sociales de producción determinaría la presencia de diversas formas de *modos de producción*, asimilables a distintos periodos históricos (Childe 1983). Son estos modos de producción, en el seno de los cuales se darían diversos tipos de interacción entre sociedad y ambiente *natural* (Childe 1983), los cuales constituirían para Childe la base *última* del proceso histórico (Childe 1983).

Llevando estas reflexiones al campo de la interpretación arqueológica, el surgimiento de los distintos regimenes sociales y políticos durante la prehistoria, al igual que los más tempranos desarrollos de la religión y la ciencia, estarían íntimamente ligadas al devenir de los diversos modos de producción a través del tiempo (Childe 1983). En el caso de los primeros progresos de la ciencia, discrepando con algunos exponentes del evolucionismo unilineal como Frazer o Tylor⁴⁶, Childe propone que esta última habría sido impulsada por la aparición de una serie de oficios *prácticos*, relacionados a la consolidación de un cierto sistema productivo (Childe 1989). Así mismo, con respecto a las importantes innovaciones tecnológicas desarrolladas en el seno de las sociedades neolíticas, estas habrían constituido para este arqueólogo factores claves⁴⁷ en el origen de las llamadas *Revolución neolítica* y *Revolución urbana* (Childe 1989).

⁴⁶ ...para quienes la aparición de la ciencia se relacionaría, fundamentalmente, al desarrollo de ciertas prácticas ideológicas y simbólicas como la magia o la religión.

⁴⁷ ...especialmente algunos inventos como la rueda, el arado y los nuevos sistemas de registro como la escritura.

En definitiva, siguiendo a Marx, Childe defiende el postulado de la conexión existente entre el ámbito *económico-productivo* y el de las características socio-culturales de un grupo cultural determinado. Al nivel de la interpretación arqueológica, esto implica que las diversas esferas de la vida social encontrarían en el modo de producción, así como también en la esfera de la *reproducción* de sus condiciones básicas de existencia, el fundamento *material* de su propio desarrollo.

3. La teoría materialista de la historia en Childe. La dialéctica del cambio y la evolución social. El concepto de progreso

Al mismo tiempo que Childe defiende el papel del ámbito tecno-económico en el proceso histórico, aquel *rechaza* la existencia de una determinación *mecánica* de dicha esfera sobre el desarrollo social. En esta línea, este arqueólogo destaca la *importancia* de primer orden que han tenido los factores sociales y políticos en el *devenir* de cada una de las sociedades en el pasado (Childe 1983). Estos factores de la vida social, lejos de constituir un mero *reflejo* de las condiciones económicas, habrían jugado para Childe un rol *activo* en el desarrollo de las distintas sociedades, sobre todo en lo referente al impulso de los procesos de *cambio* al interior de aquellas⁴⁸. Lo anterior, a tal punto de *retardar* o *acelerar* la *evolución social* de las mismas, constituyéndose así en *trabas* o *agentes propulsores* del desarrollo de sus fuerzas productivas y de su estructura social y política⁴⁹ (Childe 1983).

De esta manera, no existiría una determinación *lineal* (teleológica) de la historia, condicionada por el avance del desarrollo económico hacia algún *fin* determinado. Por el contrario, lo que hace Childe es fundamentar su noción de historia como un *proceso creador* (Childe 1983), el cual no debiera decantar *necesariamente* en un estadio de desarrollo específico. Dando cuenta del carácter eminentemente *complejo* que posee la relación entre las esferas económica, social y política, son interesantes las reflexiones que hace Childe con respecto a los efectos (*contradictorios*) que tuvieron la serie de transformaciones económicas y sociales ligadas al surgimiento de las clases sociales en el antiguo Egipto.

“Las consecuencias ideológicas de la división de la sociedad en clases no son menos significativas que sus bases económicas. [...] De esta manera, los nuevos artesanos, relegados a las clases inferiores de la sociedad, y relevados de la responsabilidad de tomar decisiones, carecían al mismo tiempo de un mercado de inventos para ahorrar trabajo y, por consiguiente, de todo estímulo para nuevas invenciones. Así, en Egipto y Mesopotamia los sencillos modelos de hachas, azadones, cuchillos, dagas y lanzas, perfeccionadas hacia el 3000 antes de J.C., subsistieron con pequeñas alteraciones durante los dos milenios siguientes. En la famosa pintura de una tumba aparecen representados forjadores egipcios nativos pertenecientes al 400 antes de J.C. aproximadamente, utilizando el mismo utillaje ineficaz que en las pinturas semejantes de la Edad de la Pirámides, 2000 años antes. Por último, el que los artesanos se hallaran relegados de la clase inferior de la sociedad los excluyó del conocimiento de la escritura, aislando las ciencias puras de los escribas egipcios y sumerios, de las ciencias aplicadas de los mineros, fundidores, forjadores y alfareros. La técnica de un oficio no podía consignarse por escrito, pero continuaba siendo transmitida por el precepto y el ejemplo.

⁴⁸ Esto supone una visión *compleja* del cambio social, concibiéndolo como un producto de la *relación dialéctica* entre base económica, estructura social e instituciones políticas e ideológicas.

⁴⁹ Al igual que en el caso de su comprensión del cambio social, la noción de evolución histórica presente en Childe responde a un proceso histórico *no-unilineal*; es decir, *variable históricamente*.

Por esta misma razón, siguió siendo un conocimiento empírico y particular, en tanto que la ciencia erudita no era fecundada por la experiencia adquirida en la práctica del taller. Sin embargo, repetimos, la ciencia europea debe más al saber de los artesanos desconocedores del uso de la escritura que a las especulaciones de los sabios escribas.”(Childe, 1978: 108, 111-112).

En el caso anterior, Childe ejemplifica como algunos de los procesos económicos y sociales ligados al desarrollo de la *Revolución Urbana* habrían traído consigo, en el antiguo Egipto, un importante desincentivo de la innovación e invención científica (Childe 1989). Este fenómeno, común a algunas de las primeras civilizaciones del Cercano Oriente, habría tenido a su vez efectos *conservadores* sobre la evolución de la base productiva de dichas sociedades, las cuales habrían permanecido estancadas por milenios. Según estas reflexiones, la *tensión* existente entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción podría resolverse, contrariamente a los planteamientos del evolucionismo unilineal, de maneras altamente *variables*. La resolución *armónica* (o *contradictoria*) de dicha relación dependerá, por tanto, no solo de las características sociales y culturales de un sistema social determinado, sino que a la vez del impulso de profundas transformaciones capaces de poner a tono la estructura social y política de las mismas con el desarrollo de sus propias fuerzas productivas: las revoluciones (Childe 1983). Refiriéndose a su comprensión de los conceptos de *evolución social* y *progreso*, nuevamente opuesta a los planteamientos tradicionales del evolucionismo decimonónico, Childe nos dice lo siguiente:

“Los métodos arqueológicos han establecido también una sucesión de estadios en el progreso económico o tecnológico, que se suceden los unos a los otros en el mismo orden a través de todo el Viejo Mundo. Comenzaron como las “tres Edades” –edades de Piedra, del Bronce y del Hierro- para convertirse en el Paleolítico (Inferior, Medio y Superior), Mesolítico, Neolítico, Paleometálico (Bronce y Hierro). Pero, aunque estos estadios fueran en todos sitios homotaxiales (es decir, que ocupaban la misma posición), ninguno de ellos tiene por qué ser contemporáneo del mismo estadio en otras regiones. Así, por ejemplo, el estadio neolítico terminó en Egipto con anterioridad al 3000 antes de J.C., mientras que en Nueva Zelanda terminó en el 1800 después de J.C. Las edades o estadios son sólo, por lo tanto, repetimos, guías para una cronología relativa”. (Childe 1978: 17).

En la misma línea, al hablar acerca de la utilización de las escalas de tiempo en la interpretación arqueológica, Childe distingue entre *edades geológicas* (dadas por la estratigrafía) y las diferentes *etapas* del desarrollo cultural de una sociedad en el pasado (Childe 1989). Este arqueólogo plantea aquí la *imposibilidad* de realizar una analogía directa entre ambos niveles, ya que el devenir de las diversas culturas en estudio habría estado influenciado por una serie de procesos históricos particulares, imposibles de ser visualizados al modo de un simple “registro fósil” (Childe 1989).

Al comprender el proceso histórico como un “proceso creador”, lo que hace Childe es destacar el carácter fundamentalmente *endógeno* del desarrollo social⁵⁰ (Childe 1989). Las características específicas de un modo de producción y de su estructura social; así como también sus formas culturales, políticas e ideológicas, se habrían relacionado de tal manera que el desarrollo histórico se presentaría cada vez como *único* (Childe 1983). Esto último, a pesar de la existencia de importantes semejanzas (*regularidades*) al nivel de las etapas de la evolución histórica de cada cultura.

⁵⁰ ...aunque sin negar (y a veces *sobrevalorar*) la importancia de los fenómenos culturales de carácter *exógeno*, por ejemplo la difusión.

4. El concepto de cultura en Childe. Implicancias teóricas y metodológicas

La definición de *cultura arqueológica* constituye en Childe una verdadera *guía* al momento del impulso de la investigación arqueológica propiamente tal. Semejante al concepto planteado por el alemán Kosinna, la reflexión en torno a esta definición significó un importante incentivo para la discusión metodológica en Arqueología (Trigger 1992a). Entre otras cuestiones, permitió realizar una clara *delimitación* del objeto de estudio de esta disciplina, diferenciándolo del de otras ciencias como la Etnología, la Lingüística o la Historia (Trigger 1992a).

“En el terreno de la arqueología, las sociedades no están representadas por los esqueletos de sus muertos, sino por los resultados permanentes de su comportamiento: por sus cacharros y plantas de viviendas, por sus adornos personales y ritos funerarios, por los materiales traídos de lejos, etc. Los arqueólogos dividen y clasifican estos restos en diferentes *tipos*, y cuando los mismos tipos se encuentran reunidos repetidas veces en diferentes lugares dentro de una región determinada, son agrupados juntos para representar lo que denominamos *culturas*. Los cacharros, planos de vivienda, etc., pueden reducirse a tipos abstractos, ya que no expresan costumbres individuales, sino maneras tradicionales de fabricar cacharros, de construir casas, de enterrar a los muertos y de ataviarse las personas. Y si los mismos tipos se encuentran juntos repetidas veces, es porque las tradiciones que encarnan fueron sancionadas y transmitidas por una sociedad de seres humanos susceptibles de comunicarse y de cooperar. En este sentido, las – culturas- de los arqueólogos representan realmente sociedades”. (Childe 1978: 16).

Discutiendo acerca del problema de los fines y métodos propios de la disciplina arqueológica, Childe se refiere a su definición de cultura en los siguientes términos:

“Las culturas que aquí tratamos son prehistóricas en su mayoría; la escritura no constituía para las mismas un elemento de expresión en su conducta tradicional, o si lo fue, sus resultados no han sobrevivido. Por esta razón, estas sociedades son anónimas; ignoramos el modo en que se designaban a sí mismas y casi nunca sabemos cómo las llamabas otros pueblos. Por tanto, los prehistoriadores les asignan nombres convencionales, arbitrarios y con frecuencia extraños, a modo de etiquetas. Las denominaciones arqueológicas suelen ser las que de aquellos lugares donde se identificaron por primera vez los tipos distintivos de una sociedad. Por la misma razón, los sucesos arqueológicos, los hechos relativos a una u otra sociedad, no pueden ser fechados por los reinados de los reyes o en relación con nuestra era o con cualquier otra. El modo como los prehistoriadores pueden descubrir la sucesión de una serie de culturas y el orden en que las distintas culturas se suceden las unas a las otras en una determinada región natural, es utilizando medios puramente arqueológicos”. (Childe 1978: 16-17).

Es sobre la base de este concepto de cultura que Childe fue capaz de desprender una serie de importantes *criterios metodológicos* para el desarrollo de la práctica arqueológica. Aunque varios de dichos criterios ya venían siendo utilizados en esta disciplina, el aporte de Childe consistió en lograr la sistematización teórica de los mismos. Esto permitió generar un punto de apoyo inicial desde donde lograr una comprensión más integral del registro arqueológico, sentando las bases para la *superación* de los esquemas tradicionales (*tipológico-descriptivos*) imperantes en la reflexión arqueológica⁵¹.

⁵¹ Esta superación implica un *rechazo* a la elaboración de meras descripciones tipológica-culturales como fin último de la elaboración arqueológica, poniendo el énfasis en el estudio de las formas de vida asociadas a las sociedades extintas. Igualmente, un *énfasis* en el estudio de los *procesos* sociales e

Entre algunos de estos criterios, Childe da cuenta de la importancia del establecimiento de *cronologías relativas y absolutas* (Childe 1978). Las primeras, obtenidas fundamentales a partir del *método estratigráfico* y la aplicación del *método histórico directo* (Childe 1978). Las segundas, aunque desarrolladas mucho más tardíamente, elaboradas sobre la base de la utilización del recién descubierto *método radio-carbónico* (Childe 1978)⁵². De acuerdo a este arqueólogo, unas y otras serían esenciales en el establecimiento de *secuencias temporales de evolución histórico-cultural*. A su vez, el establecimiento de dichas secuencias serviría de base para la elaboración de *modelos* (hipotéticos) acerca del cambio y la evolución social de las distintas culturas arqueológicas en estudio (Childe 1978).

Por otro lado, dada la enorme *dificultad* que ofrece el registro material a la hora de la comprensión de las formas sociales, políticas e ideológicas de las sociedades de las que una vez fueron parte, Childe defiende el papel de la *analogía etnográfica* como insumo de la investigación arqueológica (Childe 1978). El examen de las sociedades actuales cuyo nivel de desarrollo tecno-económico sea *comparable* al de las culturas prehistóricas, podría servir así para una mejor comprensión de los restos culturales asociadas a estas últimas (Childe 1978).

Finalmente, una última consideración metodológica que mencionaremos es aquella que establece la importancia del estudio de ciertos aspectos de la vida social. Estos aspectos, entre otros, los procesos de división del trabajo y jerarquización social⁵³, tendrían para Childe un significado *clave* en el procesamiento e interpretación de los restos culturales (Childe 1978). El mayor *énfasis* metodológico por estos ámbitos, coherente con sus postulados teóricos, tendría que ver sobre todo con la necesidad de *develar* las diversas dinámicas históricas que explican la existencia de regularidades al nivel de la cultura material.

5. Los conceptos de “Revolución neolítica” y “Revolución urbana”

Hasta este punto, hemos tratado tres grandes aspectos de la reflexión y el pensamiento de Childe. Por un lado, su particular concepción materialista de la historia, refiriéndonos especialmente al papel que este arqueólogo atribuye al ámbito tecno-económico en el devenir histórico, así como también a sus definiciones de cambio, evolución social y progreso. Por otra parte, nos hemos referido a su concepción de cultura arqueológica, mencionando algunos aspectos de su particular propuesta metodológica.

Fue sobre esta base, la constitución de un cuerpo teórico y metodológico propio, que Childe delinea algunas de sus más importantes contribuciones al conocimiento

históricos de los cuales ya no quedan más evidencias que las propiamente arqueológicas; es decir, sus restos materiales.

⁵² Con respecto al establecimiento de cronologías relativas, Childe menciona la utilización del método estratigráfico en el caso del estudio de los periodos paleolítico y mesolítico. Así también, con relación a la utilización del método histórico directo, con el apoyo del registro escrito y de fuentes historiográficas, este arqueólogo propone su uso en las investigaciones arqueológicas referentes al periodo neolítico y paleo-metálico. En el caso de la utilización de métodos de datación absoluta, Childe se remite (debido a que aquellos fueron desarrollados casi al final de su vida) a entrever la importancia que estos métodos adquirirán en el futuro, especialmente en el campo del establecimiento de secuencias histórico-culturales más fiables.

⁵³ ...visibles al nivel del registro material; por ejemplo, en el ámbito de la investigación de prácticas y ritos funerarios.

arqueológico. En este terreno, sus planteamientos alrededor de la *Revolución neolítica* y la *Revolución urbana* han llegado a tener una importancia fundamental en la evolución de la reflexión arqueológica hasta nuestros días. Hablando acerca de los procesos sociales que se encuentran en la base del desarrollo de ambos fenómenos, Childe nos dice lo siguiente:

“El cultivo de plantas y la cría de ganados, es decir, la producción de alimentos en una palabra, constituyeron una innovación trascendental. En el terreno de la arqueología se toma con toda razón esta innovación como signo del comienzo de una nueva edad, la Neolítica o nueva Edad de Piedra, lo que en términos socioeconómicos quiere decir el límite entre el salvajismo y la barbarie. En el curso de los varios cientos de miles de la antigua Edad de Piedra, todas las sociedades humanas del mundo se apoyaban sobre unas bases parasitarias, dependiendo enteramente para su subsistencia de lo que les suministraba los fenómenos de la naturaleza. Las sociedades neolíticas empezaron a cooperar deliberadamente con la naturaleza con el fin de incrementar la productividad de las plantas comestibles y para proteger y favorecer las especies animales que producían alimentos como la carne, la sangre y la leche” (Childe 1978: 41).

Posteriormente, refiriéndose al proceso mediante el cual algunas sociedades prehistóricas sentaron las bases del comienzo de la “Revolución neolítica”, este arqueólogo plantea que:

“Así, antes del 4000 antes de J.C., unos pueblos desconocidos [se refiere a las sociedades prehistóricas de los sitios arqueológicos de Jericó, Jarmo, Khirokitia y Kili Gul, en el Cercano Oriente] habían cultivado y perfeccionado las plantas locales de ciclo anual, hasta que éstas terminaron por convertirse en el trigo y la cebada, domesticando al mismo tiempo ovejas, bueyes y cerdos; habían inventado igualmente utensilios para la recolección, almacenamiento y transformación de la producción agrícola. También habían aprendido a fabricar vasijas de arcilla y convertirlas en cacharros por medio de la cocción al fuego. Debieron, además, de haber creado instituciones sociales encaminadas a asegurar la cooperación, por lo menos, entre las comunidades del pueblo. Por último, habían elaborado una ideología y ritos para cimentar la cohesión de la comunidad y facilitar las relaciones personales.” (Childe 1978: 46).

De acuerdo a Childe, la Revolución neolítica fue un proceso que se produjo inicialmente en el Cercano Oriente y el norte de África entre el 9000 y el 3000 A.C., aunque se habría dado también en otras regiones hasta fechas recientes⁵⁴ (Childe 1989). Aquel habría afectado a distintos grupos humanos de manera diversa, siendo los niveles de intercambio económico entre aquellos grupos la base para el surgimiento de relaciones comerciales más complejas (Childe 1989). Entre los logros más importantes de la Revolución neolítica se encontraría, entre otras cuestiones, la adquisición del control sobre el abastecimiento de alimentos, principalmente sobre la producción de cereales (Childe 1989). Igualmente, la generación de un tiempo de ocio posible de ser destinado a actividades no directamente productivas: por ejemplo, la religión, la ciencia o el arte (Childe 1989). Esto último habría tenido como resultado una primera sistematización del proceso de aprendizaje en el seno de las sociedades prehistóricas, entrelazando más firmemente los ámbitos de la magia y la religión, permitiendo con esto el desarrollo de verdaderas instituciones ideológicas (Childe 1989).

⁵⁴ Por ejemplo, en Nueva Zelanda durante los últimos siglos (Childe 1989).

Acerca de los orígenes de la Revolución neolítica, Childe postula que fueron los cambios ambientales producidos en el cercano Oriente y en el norte de África durante la transición holocénica, así como la concentración de poblaciones alrededor de grandes lagos, lo que habría impulsado a estas últimas al desarrollo de la domesticación (Childe 1989)⁵⁵. Con todo, el desarrollo inicial de las prácticas agrícolas y ganaderas no significaría una ruptura *inmediata* con las formas tradicionales de caza y recolección, las cuales habrían mantenido un importante grado de continuidad (Childe 1989). Desde un punto de vista *alternativo* a los esquemas evolucionistas en boga, Childe no relaciona *necesariamente* la implementación de las primeras prácticas agrícolas o ganaderas con la adopción de formas de vida plenamente sedentarias, sino que los considera como dos procesos diferenciados (Childe 1989). Más aún, los planteamientos de este arqueólogo distinguen diversos sistemas de producción de alimentos, dependiendo cada uno del nivel de consolidación de las prácticas agrícolas y sedentarias (Childe 1989). El primer tipo de cultivo lo define como *nómada-hortense* o “cultivo de azada”, un tipo de agricultura extensiva que implicaría la movilidad constante de las poblaciones (Childe 1989). Un segundo tipo de agricultura sería la *mixta*, caracterizada no solo por la domesticación de animales para el consumo sino que, además, la de animales de tiro para las labores agrícolas (Childe 1989).

Ahora bien, tan importante como los planteamientos anteriores fueron las ideas de Childe acerca de la “Revolución urbana”.

“El primer paso que se dio para escapar a los rígidos límites de la barbarie neolítica fue el establecimiento de una industria metalúrgica, es decir, de una organización para la extracción, difusión y elaboración regulares de cobre y también del estaño para la fabricación del bronce, lo cual no sólo proveía a los agricultores de utensilio y armas de calidad superior, sino que ofrecía a sus hijos nuevas perspectivas de vida que rompían la autosuficiencia del poblado neolítico. Sin embargo, el establecimiento de esta industria constituyó una tarea formidable que no pudo ser realizada en ninguna parte de Europa, sino solamente en el Antiguo Oriente, donde derribó el orden social bárbaro, basado en el parentesco, que fue sustituido por una nueva población de especialistas dedicados exclusivamente a su oficio. En esto último es en lo que me baso para llamar a estos cambios Revolución Urbana.” (Childe 1978: 91).

En otra parte, Childe se refiere a las enormes repercusiones que tuvo la implementación de una industria metalúrgica en el seno de las sociedades prehistóricas.

“En una economía neolítica todo miembro adulto de una comunidad cualquiera trataba, ante todo, de obtener los alimentos necesarios para su propia subsistencia y la de sus hijos. La utilización regular del cobre y del bronce presuponían, por el contrario, la existencia de un pequeño ejército de especialistas dedicados exclusivamente a su oficio, que estuvieran liberados de la ocupación de la agricultura, la pesca o la caza, para dedicar todo su tiempo a la extracción y fundición del mineral, al transporte de sus hallazgos por desiertos y bosques y a fundir el metal para su transformación en utensilios, armas, vasijas y adornos. [...] Estos especialistas absorbían ocupaciones a las que dedicaban todo su tiempo. Los artesanos solamente podían trabajar con tal de ser mantenidos con los alimentos producidos por los agricultores y los pescadores, de los que ellos mismos procedían. [...] En Egipto, en la baja Mesopotamia –Sumer y Acad- y en la cuenca del Indo, la producción agrícola de zonas bastantes extensas se concentraba en graneros, pudiendo disponer de esta producción aquí almacenada para liberar a los artesanos

⁵⁵ De acuerdo con esto, sería en el Cercano Oriente en donde se encontrarían los ancestros biológicos de las primeras plantas y animales domesticados por el hombre.

profesionales de la tarea de cultivar o de recolectar los alimentos necesarios para su propia subsistencia. Históricamente, estos hechos implicaban una revolución social en los valles de estos ríos, como veremos en seguida. [...] constituyó, también, la condición previa para todo futuro progreso de la ciencia y de la tecnología, creando en el terreno económico la primera acumulación de capital necesario para una explotación más completa de los recursos naturales de la tierra, y, por lo tanto, para la emancipación del hombre de su dependencia parasitaria de un medio no humano” (Childe 1978: 91-94).

Según la explicación que da Childe sobre los antecedentes de la Revolución urbana, estos deben encontrarse, primero, en el impacto de las transformaciones económicas y sociales provocadas por la Revolución neolítica. Durante el transcurso de esta última habrían convivido en un mismo espacio una serie de sociedades prehistóricas de distintos niveles de desarrollo; entre otras, sociedades agrícolas incipientes y cazadora-recolectoras⁵⁶ (Childe 1989). En este marco, algunos de los principales logros de las sociedades neolíticas consistió, como hemos dicho, en dar pie a los comienzos de la agricultura, la ganadería y el desarrollo de asentamientos permanentes (aldeas). Así también, en la generación de redes comerciales más amplias en las que se incluyó a sociedades cazadora-recolectoras con acceso a materias primas. Fue justamente el acceso de las sociedades neolíticas a dichas materias primas; especialmente los minerales, lo que habría alentado los primeros pasos de la industria metalúrgica, de *vital* importancia en el desarrollo de la Revolución urbana (Childe 1989). Esta industria habría sido impulsada, a su vez, por una serie de factores de carácter social e ideológico: entre otros, la posesión de artículos metálicos como bienes de prestigio y el desarrollo de la actividad bélica (Childe 1989). Por su parte, el desarrollo de la metalurgia promovió el avance de un fenómeno de creciente *diferenciación social*, creando una serie de oficios especializados no ligados directamente a la producción de alimentos: los artesanos (Childe 1989).

Sobre esta base se habría producido, entonces, una *vasta* transformación económica, acompañada de un fenómeno de crecimiento demográfico y del incremento de la complejidad social. Esta serie de cambios, propios de la Revolución urbana, decantaría finalmente en algunas zonas, como Egipto y Mesopotamia, en el *nacimiento* definitivo de la sociedad de clases (Childe 1989). Precisamente, la diferenciación creciente entre campesinos, operarios y nuevos sectores sociales: comerciantes, marineros, soldados, artesanos y empleados, sería uno de los puntos *culmines* de este proceso (Childe 1989). Por último, las distintas etapas de la Revolución urbana debieran ser entendidas, según Childe, como diversos momentos de un *único* proceso de acumulación económica y de avance tecno-científico. Cada uno de dichos momentos habría tenido a su vez diversos ritmos, condicionados por diferentes factores de orden económico, social o político: por ejemplo, sequías, guerras o invasiones (Childe 1989).

En síntesis, los planteamientos de Childe acerca de la Revolución neolítica y la Revolución urbana han tenido una importancia fundamental en la historia del pensamiento arqueológico. Estos permitieron, por primera vez, una explicación coherente acerca de la *transición* entre una economía cazadora y recolectora hacia una productora de alimentos y el nacimiento de las primeras civilizaciones. Una explicación que, aún cuando pueda presentar las deficiencias de un *primer modelo*, se propuso dar

⁵⁶ La interacción entre estos grupos humanos se habría dado tanto de forma pacífica (difusión de conocimientos y prácticas sociales) como violenta, mediante disputas bélicas cuya finalidad primera habría sido el acceso a recursos preciados (Childe 1989).

cuenta de dicha transición desde el punto de vista de un proceso altamente *variable*, teniendo en cuenta la *compleja* dialéctica entre economía, relaciones sociales, formación política y cultura⁵⁷.

6. Algunos elementos para una crítica parcial del pensamiento de Childe

Como dijimos al principio de este ensayo, los aportes y reflexiones de Childe no escaparon a las influencias que tuvieron sobre este autor las escuelas arqueológicas de su tiempo⁵⁸ (Flannery 1992). En muchos aspectos, esta influencia no tuvo en la obra de este arqueólogo una importancia menor, sino que condicionaron (y *limitaron*) una parte significativa de sus planteamientos⁵⁹.

Tal como han mencionado una serie de arqueólogos, existiría en ciertas elaboraciones de Childe un enfoque con rasgos *difusionistas* al nivel de su comprensión de la evolución histórica (Trigger 1992b). Lo anterior se habría expresado, entre otras cosas, en una *sobre-dimensión* del papel de la *difusión cultural* en su explicación acerca del cambio y la evolución social. En el caso de sus reflexiones alrededor de la domesticación de plantas y animales en Europa⁶⁰, Childe plantea, por ejemplo, que estos fenómenos no pueden ser explicados sino es a partir del influjo que habrían ejercido en Europa las primeras civilizaciones orientales.

“Por mucho que las razas aborígenes adoptaran esta economía [la economía agrícola impulsada por supuestos colonos extranjeros proveniente del Cercano Oriente], por mucho que la adaptación de la misma fuera realizada en Europa, por mucho que la organización social dentro de la que funcionaba esta economía fuera creación de este continente, las bases de este modo de vida, es decir, los cereales y el ganado doméstico existente, fueron algo introducido desde el exterior [...] No cabe duda de que las bases del nuevo modo de existencia fueron introducidas en Europa por grupos de agricultores y pastores emigrantes. Pero los agricultores que trajeron aquí cereales y ganado doméstico no dejaron ningún vestigio en los testimonios arqueológicos. Ciertamente, no quedó rastro de cacharros orientales ni de ningún otro indicio que señalara la ruta que emprendieron e indicara su punto de partida”. (Childe 1978: 40-51).

Igualmente, refiriéndose a las condiciones del surgimiento de la industria metalúrgica, clave en el desarrollo de la Revolución urbana, este arqueólogo afirma:

“[...] el establecimiento de esta industria constituyó una tarea formidable que no pudo ser realizada en ninguna parte de Europa, sino solamente en el Antiguo Oriente, donde derribó el orden social bárbaro, basado en el sistema de parentesco, que fue sustituido por una nueva población de especialistas dedicados exclusivamente a su oficio” (Childe 1978: 91).

De acuerdo a estas (y otras) reflexiones, es posible encontrar además en el pensamiento de Childe una reminiscencia de los antiguos *esquemas evolucionistas* del progreso

⁵⁷ Podemos afirmar que estas reflexiones, elaboradas por Childe hace más de medio siglo, se encuentran muy por encima de las más conocidas elaboraciones arqueológicas de su tiempo, manteniendo incluso hasta hoy una actualidad significativa.

⁵⁸ ... fundamentalmente la Arqueología evolucionista e histórico-cultural.

⁵⁹ No es posible realizar aquí, sin embargo, una crítica *sistemática* de las deficiencias o errores del pensamiento de Childe. Para un estudio más acabado en torno a este tema, puede revisarse la bibliografía citada.

⁶⁰ ...así como en relación al establecimiento de las primeras sociedades complejas en dicho continente.

humano (Flannery 1992). Aún cuando aquel se inclinase por un modelo de evolución multi-lineal, la utilización que hace este arqueólogo de las categorías de *salvajismo* y *barbarie* tiende a *disminuir*⁶¹ la importancia de las particularidades propias a cada cultura en la evolución y el cambio social. Lo anterior, a pesar de que dichos conceptos⁶² (salvajismo y barbarie) no tengan una directa relación con el núcleo de los postulados fundamentales de Childe acerca del desarrollo histórico.

Ahora bien, aún cuando Childe confiera a la difusión cultural, y a algunos de los esquemas evolucionistas de su tiempo, un papel de primer nivel en sus interpretaciones, aquel escapa de una comprensión *mecánica* del devenir humano. Por el contrario, la influencia de los procesos de difusión cultural se expresaría de manera *mediada* (*relativa*), condicionada por una serie de fenómenos de carácter *endógeno*, actuantes en las sociedades “receptoras”. Esto quiere decir que el papel de la difusión cultural se vería limitado por las formas *culturales* de adaptación medio-ambiental propias (*particulares*) a cada una de estas sociedades (Trigger 1992b).

7. Conclusiones

-Desde un enfoque materialista histórico y su particular concepto de cultura, Childe llevó adelante una serie de reflexiones que significaron un profundo *replanteamiento* de las formas tradicionales del quehacer arqueológico. Aquel fue capaz de sintetizar en su obra los más importantes logros de las distintas corrientes arqueológicas de su tiempo, llegando a transformarse posteriormente en una verdadera *bisagra* del desarrollo de esta disciplina hasta hoy. Como veremos a continuación, el trabajo de este arqueólogo presenta importantes *puntos de contacto* con el desarrollo de las más recientes corrientes en Arqueología; entre otras, la “Nueva Arqueología”, la “Arqueología Post-Procesual” y, en nuestro continente, la “Arqueología Social Latinoamericana”.

-Con respecto a los *puntos de contacto* existentes entre la obra de Childe y las corrientes arqueológicas de la actualidad, podemos afirmar lo siguiente. En primer lugar, tanto por sus investigaciones de los años 30 y 40 así como por sus escritos filosóficos, la obra de Childe constituye un antecedente directo de algunas de las preocupaciones centrales de la “Nueva Arqueología”. Aún cuando las reflexiones de este arqueólogo no tuvieran por base la realización de un trabajo arqueológico de campo exhaustivo⁶³, su temprano interés por la relación entre el contexto económico y tecnológico de la vida social y los procesos de cambio cultural, *preanuncia* varias de las temáticas tratadas más tarde por los arqueólogos procesuales. Así también, su inquietud por el estudio de las formaciones políticas y la ideología, al igual que su interés en el rol de las prácticas rituales y simbólicas en las primeras civilizaciones, *anticipa* varios de los planteamientos y tópicos de la más recientes corrientes post-procesuales. Más aún, con respecto al impacto del pensamiento de Childe en la producción arqueológica de nuestro continente, aquel fue tomado por una serie de arqueólogos; fundamentalmente las primeras generaciones de la “Arqueología Social Latinoamericana”, como una especie de *llave maestra* del análisis arqueológico.

⁶¹ ... en consonancia con el *exacerbado* papel que atribuye en algunos casos a la difusión cultural.

⁶² ...relacionados con los postulados de algunos arqueólogos como el alemán Kossina, cercanos a la perspectiva del “darwinismo social”.

⁶³ ...quedándose muchas veces en el análisis de colecciones.

-Refiriéndonos a la influencia actual (*disímil*) que ha tenido Childe en la Arqueología contemporánea, es importante destacar el reconocimiento *universal* que ha tenido su labor en distintas partes del mundo. En Europa, este arqueólogo ha sido considerado como el “organizador de la prehistoria europea”. En el caso de Estados Unidos y América latina, Childe ha sido valorado por sus investigaciones acerca de los orígenes de la complejidad social y la civilización, siendo considerado además como el *primer* exponente de un enfoque marxista en Arqueología.

4-En lo que respecta a lo tratado en este ensayo, se puede decir que entre los aportes más relevantes de la obra de Childe al desarrollo de la Arqueología mundial se encuentran sus definiciones de Revolución neolítica y Revolución urbana. Desde una perspectiva materialista histórica, así como a partir de sus audaces interpretaciones en una serie de casos de estudio, este arqueólogo se propuso dar cuenta del proceso de transición entre una economía cazadora-recolectora a una productora de alimentos y el surgimiento de las primeras civilizaciones. Lejos de caer en una lectura *reduccionista* de la evolución social, Childe se preocupó por integrar en su análisis el papel de las formaciones políticas y las prácticas culturales, relacionándolas con las particularidades de los sistemas de producción y las relaciones económicas imperantes en una sociedad determinada. El papel que otorgó al conocimiento humano y a las relaciones sociales en sus estudios acerca de la llamada Revolución urbana es, precisamente, una muestra de esto último. En este sentido, uno de los grandes aportes de Childe a la reflexión arqueológica consistió en elaborar un modelo desde el cual pensar la *relación dialéctica* entre los aspectos económicos, ecológicos, sociales y políticos del desarrollo humano.

-A la vez, podemos decir que los pioneros aportes de Childe no estuvieron exentos de grandes *deficiencias*, determinadas sobre todo por el peso que tuvieron en su obra algunas ideas provenientes de las principales escuelas arqueológicas de su tiempo. Un peso a veces desmedido de la difusión cultural como elemento clave del desarrollo histórico, así como también la presencia (en algunos casos) de un enfoque evolucionista esquemático, son algunas de aquellas debilidades. Sin embargo, aún cuando podamos afirmar que el pensamiento de Childe no bastan para los requerimientos actuales de la Arqueología, el desarrollo de esta última se hace ciertamente *inexplicable* sin su obra.

Referencias bibliográficas

Childe V.G. 1978. *Prehistoria de la sociedad europea*. Editorial Icaria, S.A, España, Barcelona.

Childe V.G. 1983. *Teoría de la Historia*. Editorial La Pléyade, Argentina, Argentina.

Childe V.G. 1989. *Los orígenes de la Civilización*. Decimosexta edición, Fondo de Cultura Económica, México, D.F.

Flannery K.V. 1992. “Childe the evolucionist. A perspective from Nuclear America”, en “The archaeology of Vere Gordon Childe. Contemporary perspectives”, Edited by David Harris.

Trigger B. G. 1992a. *Historia del Pensamiento Arqueológico*. Editorial Crítica, España, Barcelona.

Trigger B. G. 1992b. “Childe s relevance to the 1990s”, en “The archaeology of Vere Gordon Childe. Contemporary perspectives”, Edited by David Harris.

II. Declaración de Valparaíso.

“Carta pública al XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena”⁶⁴ **(Declaración de Valparaíso)**

Hace unos días, al calor de la realización del XVIII Congreso de Arqueología Chilena, una serie de importantes arqueólogos chilenos y de otros países, así como también un significativo número de estudiantes de esta y otras disciplinas, han manifestado su apoyo a los planteamientos de esta carta. Pensamos que el aporte de la misma radica en contribuir y dar impulso a la necesaria discusión en torno a la vocación social y política de la Arqueología, retomando la tradición del marxismo como herramienta de interpretación científica y transformación revolucionaria. Sin embargo, entendemos el valor de esta declaración solo en el marco de un trabajo permanente y cotidiano, colectivo, que es necesario comenzar (nuevamente) a realizar desde hoy.

Ha comenzado el XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, organizado por la Sociedad Chilena de Arqueología en conjunto con el Museo de Historia Natural de Valparaíso y el Departamento de Antropología de la Universidad de Chile. Como plantea su I circular, esta instancia trienal se propone “revisar los avances teóricos, metodológicos y los conocimientos específicos de los procesos culturales del pasado, dentro del territorio nacional y áreas geográficas vecinas”. Además, este congreso se plantea “marcar un énfasis en enfoques teóricos y metodológicos expresados en análisis y resultados inéditos o en evaluaciones críticas, de los distintos temas de la investigación arqueológica”.

Quiénes firmamos la siguiente declaración felicitamos la realización de este congreso, saludando a sus organizadores. A la vez, entendemos que el esfuerzo que lo ha hecho posible no tiene que ver solo con el valorable trabajo de estos últimos. Mas de fondo, la realización de este congreso se relaciona con el de todos aquellos que desde la disciplina arqueológica, como también desde el resto de las Ciencias sociales, la Historia y las Humanidades, fueron capaces de enfrentar la feroz represión dictatorial y sus intentos por acallar cualquier tipo de crítica social que pudiera manar desde el ámbito intelectual-académico. Con relación a esto último, basta con mencionar la dura política de represión en contra de la disciplina arqueológica durante la dictadura, con cierre de cátedras, designaciones militares de cargos universitarios, persecución y exilio de arqueólogos, sobretodo aquellos de tendencia marxista.

Por otro lado, valoramos y felicitamos el actual homenaje que este congreso realiza a Julio Montané, uno de los principales fundadores de la arqueología marxista en Chile y Latinoamérica. De alguna manera, este homenaje constituye un importante reconocimiento a los importantes aportes teóricos y metodológicos del Marxismo en la disciplina arqueológica. Un homenaje a la perspectiva social y política desde donde una serie de arqueólogos chilenos y extranjeros: por ejemplo, además de Julio Montané,

⁶⁴ Esta declaración fue elaborada y repartida al calor de la realización del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Fue firmada por una serie de importantes arqueólogos, entre otros: Julio Montané (Chile-México), Luis Guillermo Lumbreras (Perú), Randall McGuire (USA), José Ramos (España) y Henry Tantaleán (Perú). Como “Grupo de Historia Marxista”, agradecemos a estos últimos su colaboración, así como también a los demás arqueólogos, antropólogos y estudiantes que se hicieron parte de nuestras posiciones.

Luis Guillermo Lumbreras, Luis Felipe Bate, Mario Sanoja e Iraidá Vargas, entre otros, pensaron la práctica arqueológica. A todas luces, la obra y práctica de estos arqueólogos, que fueron capaces de fundir el ámbito de la producción de conocimiento científico, la intervención política y la perspectiva de un horizonte de cambio revolucionario, constituye un trascendental aporte para nuestra disciplina.

Hoy, a más de 35 años de la realización del golpe militar, es necesario recordar, valorar y repensar críticamente la obra de los arqueólogos marxistas chilenos y latinoamericanos. El homenaje a Julio Montané nos obliga a ello. Repensar, crítica y creadoramente, las potencialidades del Marxismo en Arqueología, en tanto método de producción de conocimiento y práctica política al servicio de la revolución y los intereses de la clase obrera y los sectores populares. Cuando las condiciones de explotación y opresión capitalista contra las que dichos arqueólogos elaboraron los llamados *Manifiestos de Teotihuacan* y *Lima* se mantienen intactas. Cuando la nueva situación de crisis económica y el ataque a las condiciones de vida de millones a escala mundial demuestra la bancarrota del supuesto *progreso* del nuevo Capitalismo *globalizado*. Cuando las nuevas tensiones geopolíticas entre las potencias imperialistas constituyen una contundente refutación de las esperanzas post-modernas en la *superación de los estados nacionales*, es necesario comenzar a cuestionar y desafiar, activamente, el velo ideológico de la tajante separación (positivista) entre Ciencia y Política.

De esta manera, quienes impulsamos esta declaración manifestamos la necesidad de discutir en Arqueología las formas de llevar adelante la unidad entre producción de conocimiento y práctica política, teniendo como norte la intervención activa en pos de la transformación revolucionaria. Tomando la herencia de una de las figuras fundacionales de la arqueología mundial, V.G.Childe, reivindicamos la figura del *intelectual orgánico de la clase obrera* y la *tradición marxista clásica revolucionaria*. Rechazamos por tanto cualquier viso de *neutralidad académica*. Consideramos a este marxismo como una teoría para la acción (como un *arma filosa* en el combate de la lucha de clases), reconociéndolo como una de las corrientes intelectuales más importantes de la historia, y proponiéndonos la tarea de contribuir a re-fundar una corriente arqueológica marxista en Chile, América Latina y a nivel internacional.

Finalmente, llamamos a todos los estudiantes de arqueología, licenciados, titulados y al conjunto de los estudiantes e intelectuales presentes en este Congreso, a comenzar a debatir estas problemáticas. Desde ya, a comenzar a dar pasos concretos en la realización de actividades conjuntas; por ejemplo, utilizando el espacio del congreso como tribuna para comenzar a dar estas discusiones, organizando publicaciones e investigaciones colectivas a futuro, convocando a la serie de arqueólogos que se reclaman favorables al “pensamiento crítico”, para buscar formas de acción comunitarias. Igualmente, hacemos un llamado a la necesaria coordinación de estos esfuerzos con los arqueólogos marxistas de otros países, las nuevas generaciones de arqueólogos que, tanto en América Latina como en otros continentes, se han venido planteado los mismos intereses que aquí se expresan.

¡POR UNA CORRIENTE DE ARQUEÓLOGOS MARXISTAS ORGÁNICOS EN CHILE, AMÉRICA LATINA Y A NIVEL INTERNACIONAL!

¡RECHAZAMOS LA SEPARACIÓN ENTRE PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTO CIENTÍFICO Y ACTIVIDAD POLÍTICA!

**¡TODO EL APOYO A LAS LUCHAS OBRERAS, POPULARES Y ESTUDIANTILES
EN CHILE, AMÉRICA LATINA Y OTROS PAÍSES!**

**¡SOLIDARIDAD CON LAS REIVINDICACIONES DEL PUEBLO NACIÓN
MAPUCHE Y LAS ETNIAS INDÍGENAS!**

**¡SOLIDARIDAD INTERNACIONAL CON LAS Y LOS TRABAJADORES
ARGENTINOS DE KRAFT-TERRABUSI!**

**¡VIVA LA LUCHA DE LAS Y LOS TRABAJADORES SUBCONTRATADOS DE
ARAUCO! ¡POR EL CUMPLIMIENTO DE TODAS SUS DEMANDAS!**

**¡NO MÁS REPRESIÓN EN CONTRA DE TRABAJADORES, POBLADORES Y
ESTUDIANTES!**

¡ABAJO EL GOLPE PRO-IMPERIALISTA EN HONDURAS!

**¡FUERA EL IMPERIALISMO YANQUI DE IRAK, AFGANISTAN Y DE AMÉRICA
LATINA!**

Grupo de Historia Marxista
Octubre 2009

FIRMAS

- Julio Montané (Chile-México)
- Luis Guillermo Lumbreras (Perú)
- José Ramos Muñoz (Universidad de Cádiz. España)
- Randall McGuire (USA)
- Henry Tantaleán (UNMSM. Perú /Universidad Autónoma de Barcelona. España)
- Divaldo Gutiérrez Calvache. (Cuba. Instituto cubano de Antropología. Grupo de Investigaciones del Arte Rupestre)
- Daniel Torres (Cuba)
- Pedro Sánchez (Universidad de Cádiz. España)
- Manuela Pérez Rodríguez (IMF-CSIC-Barcelona; Secretaria Revista Atlántica – Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social)
- David Guerrero Lozano (Cádiz-España)
- Juan Carlos Domínguez (Grupo PAI HUM-440. Cádiz-España)
- Arturo Sáez (Lic. Antropología Física. U de Chile. Magíster Biología Humana – Universitat de Barcelona. España)
- Andrea González R. (Arqueología. U de Chile. Doctorando Arqueología Prehistórica Grupo ACAIA / Dept. Prehistória – UAB. España)
- Isabel Cuadro Valdés. (Antropóloga. San Pedro de Atacama)
- Antonio Barrena Tocino (Estudiante de Licenciatura en Historia. Universidad de Cádiz).
- David Alejandro Álvarez. Dirigente estudiantil, CCAA del Centro de Estudiantes de Ciencias Sociales (FACSO-Universidad de Chile). Estudiante (II año) ciclo básico Licenciatura en Antropología.
- Miguel Fuentes. (Comité editorial “Grupo de Historia Marxista”. Lic. Historia. Estudiante de Licenciatura en Antropología con mención en Arqueología. IV año)
- Grupo de Historia Marxista. (Sección Historia de América Prehispánica y Arqueología)

-Pablo Arenas González (Estudiante de Licenciatura en Antropología con mención en Arqueología. IV año. U de Chile) /-Pablo Gómez (Estudiante de Licenciatura en Antropología con mención en Antropología Física. IV año. U de Chile) /-Hernán Marín (Estudiante de Licenciatura en Antropología con mención en Antropología Social. IV año. U de Chile) /-Carla Urrutia (Estudiante de Licenciatura en Antropología con mención en Antropología Social. IV año. U de Chile) /-Maria Olga Lagos (Estudiante de Licenciatura en Antropología con mención en Arqueología. III año. U de Chile) /-Javier González (Estudiante de Licenciatura en Antropología con mención en Arqueología. III año. U de Chile).

SIMPATIZAN

-Francisco Garrido (Arqueólogo. U de Chile) /-Nicole Fuenzalida (Lic. en Arqueología. U de Chile) /-Cristian Dávila (Estudiante de Licenciatura en Antropología con mención en Arqueología. IV año. U de Chile) /-Renata Gutiérrez (Estudiante de Licenciatura en Antropología con mención en Arqueología. IV año. U de Chile) /-Pamela Quintecura (Estudiante de Licenciatura en Antropología con mención en Arqueología. IV año. U de Chile) /-Hugo Carrión (Estudiante de Licenciatura en Antropología con mención en Arqueología. IV año. U de Chile) /-Glenda Astete (Estudiante de Licenciatura en Antropología con mención en Arqueología. V año. U Bolivariana).

III. Comentarios Críticos (2)⁶⁵ Serie Historia de América Prehispánica y Arqueología

Agradecemos como “Grupo de Historia Marxista” a Henry Tantaleán, Andrés Troncoso, Valeria Franco Salvi, Pedro Bravo Elizondo, Francisco Rivera y Ernesto Contreras por los comentarios que han realizado a los primeros cuatro números de esta serie. Igualmente, a Francisco Garrido, Marcelo Soto, Alex San Francisco, Jairo Sepúlveda y Francisca Santana por sus constantes recomendaciones.

Cuaderno Número 4.

“Un Acercamiento a la Arqueología Social Latinoamericana”.

Henry Tantaleán (Doctor en Arqueología. UNMSM. Perú / IFEA UMIFRE 17 CNRS-MAEE).

**Con el alma llena de banderas:
Comentarios a “Un Acercamiento a la
Arqueología Social
Latinoamericana” de Miguel Fuentes
y Marcelo Soto.**

*Aquí hermano
aquí sobre la tierra,
el alma se nos llena de banderas
que avanzan,
contra el miedo,
avanzan,
venceremos.*

Víctor Jara (1970)

En primer lugar quiero agradecer a los autores por la invitación a comentar su artículo y, en segundo lugar, quiero felicitarlos por haber tenido la feliz idea de actualizar y divulgar algunas ideas

que se han venido ventilando de manera autónoma desde diferentes partes del mundo, sobre todo a ambos lados del Atlántico con respecto a la arqueología marxista o social, en estos últimos años. Este interés se suma a una serie de trabajos que desde el primigenio artículo de Patterson (1994) ha reunido a diferentes voces desde diferentes tradiciones, formaciones, vocaciones, intereses y países que han desfilado por diferentes medios de difusión de la producción académica arqueológica, sobre todo desde el ámbito teórico (Oyuela-Caycedo *et. al.* 1997, Guthertz Lizárraga 1999, McGuire y Navarrete 1999, Benavides 2001, Valdez 2004, Politis 2006, para citar solo algunos).

Así pues, el trabajo de Miguel Fuentes y Marcelo Soto no hace más que reunirse con los autores que ellos mismos citan, tanto desde la perspectiva de la producción teórica como de los críticos de la corriente misma. Se pueden entrever aquí dos grandes ámbitos en los cuales se mueven los autores dentro de la historiografía de la ASL: la producción científico-teórica y la proyección social o “*área valorativa*”. Estos, obviamente, y especialmente para el caso del marxismo, no son ni pueden ser diferenciados y desagregados más que para efectos didácticos (nadie puede realizar dichas prácticas de forma separada) sino que tienen una relación dialéctica.

Sin embargo, quiero adelantar que quizá la paradoja en la que se ven los autores y en la que yo también me encontraba en mi temprano ensayo que ellos citan (Tantaleán 2004) es que la segunda pierna: la valorativa, es la que se ha fortalecido y la científico-práctica la que ha quedado escualida, llevándonos a no avanzar como quisiéramos e, incluso, a trastabillar en nuestro caminar. En otros lugares (Tantaleán 20008a, 2008b) he hecho mención que

⁶⁵ La primera edición de “Comentarios Críticos” puede encontrarse en el segundo número de esta serie de “Cuadernos de Historia Marxista”. Escriben: Diego Salazar, Osvaldo Silva y Francisco Garrido.

una de las causas de esa “cojera” en nuestro andar sería consecuencia de las situaciones históricas en las cuales se desarrollaban las prácticas de los diferentes y principales representantes de la ASL en cada país. Esto me llevó a “culparlos” de su mayor o menor relación con los gobiernos de turno. Sin embargo, creo que también debemos ser conscientes de que, como decía Aristóteles, *una golondrina no hace primavera*. Por eso, debemos ser conscientes que cualquier empresa como la ASL debe ser una empresa colectiva porque, después de todo, como lo es la producción, esta es social y esto no es un axioma o dogma, lo descubrimos en la vida misma, pasada y presente.

Por lo anteriormente expresado, resulta importante que los colegas chilenos se unan a este debate y nos recuerden la historia de la ASL. De hecho, los colegas chilenos, no sé si conscientemente, han entrado a un debate importante y más aun por su país de procedencia: Chile. Este país que sufrió un grave quiebre en su devenir histórico por causas que ustedes conocen mejor que yo y que no es menester desarrollar aquí (para esos están mis colegas los historiadores) es ahora una fuente cada vez mayor de inspiración teórica y metodológica (no solo para la ASL)⁶⁶. Fuente de inspiración teórica y metodológica que he estado observando con atención en los últimos años y que llamó mi atención desde ese simposio del 2000 del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena⁶⁷ publicado en el volumen 36 de la Revista *Chungara*, donde se auspiciaba la discusión sobre la práctica de la arqueología marxista

(por ejemplo, Uribe y Adán 2004, Gallardo Ibáñez 2004). Esto recompone una tradición que tenía un desarrollo que, como dijimos, se vio truncado por la dictadura militar. De hecho, arqueólogos tan renombrados e importantes para la ASL como Julio Montané o el mismo Luis Felipe Bate crecieron a la luz del materialismo histórico y su producción les ha llevado a convertirse en autores citados y (re)conocidos a nivel internacional. El mismo Lumbreras forjó muchas de sus ideas en ese país, posteriormente materializadas en *La Arqueología como Ciencia Social*, en sus conferencias impartidas en 1972 en la Universidad de Concepción (Lumbreras 2005, com. pers. 2009), un lugar donde se podían discutir ideas marxistas hasta 1973 (Garbulsky 2000). Así, constatamos que Chile sigue siendo un lugar importante para las ideas marxistas, a pesar de todos los contratiempos con los que estas ideas se han encontrado.

Por otra parte, este movimiento marxista hace unas décadas ya, cruzó el “charco” y se encontró con fenómenos sociales que enfrentaban, provocaban y salían de alguna manera victoriosos de la represión franquista. Ejemplos citados por los autores como los de la Universidad Autónoma de Barcelona o el grupo de Andalucía nos recuerdan, una vez más, que a pesar de las diferencias históricas algunas condiciones materiales similares fomentan semejantes respuestas. Así, el fenómeno que los colegas chilenos denominan *Arqueología Social Iberoamericana* es solamente una etiqueta (entre otras) que, por ahora, podría englobar este movimiento todavía algo desarticulado pero que tiene diferentes epígonos en diferentes países de habla castellana.

Consciente de esto, hace un tiempo atrás me dediqué a incitar e invitar, con

⁶⁶ Por ejemplo ver el reciente volumen titulado *Puentes hacia el Pasado: Reflexiones Teóricas en Arqueología* (Jackson et al. 2008).

⁶⁷ Ver presentación y resúmenes del simposio en www.uta.cl/masma/xvcongreso/pdfs/simp7.pdf.

diferente fortuna, al debate a mis colegas marxistas de ambas orillas del Atlántico y creo que este artículo es consecuencia de ello. Pero como la crítica por la crítica (como suelen hacer amigos y enemigos del marxismo) no ayuda a superarnos dialécticamente, tuve que provocar a que mis colegas marxistas plantearan cuestiones para solucionar en algo el aparente estado de adormecimiento en que parecía estar la ASL. Por ello, en el reciente simposio denominado “Arqueología Social Latinoamericana: De la teoría a la praxis” realizado en Julio de este año en México D.F.⁶⁸, invite a mis colegas a discutir si es que todavía seguíamos en el campo de las ideas (donde todo es posible) o nuestra práctica ya nos había demostrado la realidad de las cosas prehistóricas. Esta discusión iniciada en México hace unos meses es algo novedoso y creo que puede ser el germen de algo que deberá continuar porque así lo queramos y sabemos que lo necesitamos.

En un tiempo en el que la academia hegemónica positivista nos quiere hacer creer en comunidades paradigmáticas y revoluciones kuhnianas, para no ser iguales que ellos nuestras reuniones deben revolucionarnos a nosotros (lo que llamo la “revolución cotidiana”) antes que de querer revolucionar la ciencia hegemónica, esa que no es la nuestra. De hecho, sabemos que el conocimiento no es algo abstracto, así que nuestras posiciones teórico-prácticas diferirán. Y de eso se trata, no del consenso intersubjetivo, cómodo y políticamente correcto sino de la discusión dialéctica que se desprenda del objeto de estudio (como decía Marx “*la materia precede a la idea*”) y no del objeto del deseo (posiciones

académicas, individualismo, discursos políticamente correctos, etc.).

Como nos ha demostrado la historia de la ASL, que nuestros colegas nos presentan, muchos de los que se iniciaron como arqueólogos marxistas revolucionarios terminaron instalándose cómodamente en los lugares que hegemonizan los discursos arqueológicos. Salvo algunos casos respetables, generaciones de arqueólogos han sucumbido ante la tentación de este mundo seductor donde todo se vende y todo se compra. Así, ciencia y política suponen un compromiso con el objeto de estudio y el objeto de conocimiento, no solo como punto de llegada (como fin) sino también como medio para cambiar este mundo. De hecho, lo cambiamos pero debemos ser conscientes de cómo y para quien lo hacemos.

Con esto en mente debemos procurar entender también el contexto histórico en el cual actuamos y en los cuales muchas prácticas socioeconómicas y sociopolíticas condicionan nuestra forma de relacionarnos con los objetos arqueológicos y con otros sujetos. En ese sentido, el nacionalismo es un tema que se ha venido estudiando desde diferentes posturas teóricas (Díaz-Andreu 2001, Oyuela-Caycedo 1994, Kohl y Fawcett 1995, Echeverri 2003, Giraldo 2003, etc.) y es importante darnos cuenta que si bien muchos arqueólogos marxistas han discutido sobre este y lo entienden, implícita o explícitamente, poco se ha hecho por cambiar y trasponer dichas fronteras. Nuestros predecesores de la *Reunión de Lima* y la de *Teotihuacán* bien lo sabían. Solamente, saliendo de nuestros mundos construidos por otros podremos encontrar una salida más global a los problemas que son los de los mismos: los desposeídos.

⁶⁸ Ver lista de ponentes en <http://arqueologia-social.blogspot.com/2009/04/arqueologia-social-latinoamericana-de.html>.

Hay muchas cuestiones que hay que discutir, como por ejemplo si todavía debemos seguir en lo que denomino la etapa de “refinamiento teórico” (Navarrete 2007[1999]: 99) o si debemos pasar a la práctica arqueológica. Pero este artículo no está enfocado en esto así que dejaremos este tema para otra ocasión. Solo creo que, como ya dije en otros lugares, cuando dejemos de ver el mundo con los anteojos prestados y obligados a ponernos por otros, veremos que las fronteras se diluyen y solamente nos encontramos ante hombres y mujeres que sienten y viven como nosotros. Esto nos enfrenta a un compromiso ineludible y solamente haremos que la ASL o cualquier cosa funcione cuando nos unamos y rompamos las prisiones que nos atrapan. Para acabar, solo me gustaría exclamar, parafraseando a Marx y a Engels, ¡Arqueólogos marxistas de todos los países, uníos!

Referencias bibliográficas

- Benavides, Hugo 2001. Returning to the Source: Social Archaeology as Latin American Philosophy. *Latin American Antiquity*, 12(4): 355-370.
- Díaz-Andreu Margarita 2001. Nacionalismo y Arqueología. El Contexto Político de Nuestra Disciplina. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia* 11:3-20.
- Echeverri Marcela 2003. Nacionalismo y Arqueología: La Construcción del Pasado Indígena en Colombia (1939-1948). En Gnecco, Cristóbal y Emilio Piazzini: *Arqueología al Desnudo. Reflexiones sobre la Practica Disciplinaria*: 133-152. Universidad del Cauca. Popayán.
- Gallardo Ibáñez Francisco. 2004. El Arte Rupestre como Ideología: Un Ensayo acerca de Pinturas y Grabados en la localidad del Río Salado (Desierto De Atacama, Norte De Chile). *Chungará*, 36, Suplemento especial 1: 427-440.
- Garbulsky Edgardo. 2000. La Antropología en la Universidad de Concepción (1967-1973). Apuntes de un Participante. En *Actas del 3er. Congreso Chileno de Antropología*, tomo 1: 200-210. Santiago de Chile.
- Giraldo Santiago. 2003. Contranacionalismo y Política en la Arqueología de la Sierra Nevada de santa Marta. En Gnecco Cristóbal y Emilio Piazzini: *Arqueología al Desnudo. Reflexiones sobre la Practica Disciplinaria*: 171-185. Universidad del Cauca. Popayán.
- Guthertz Lizárraga Karen. 1999. From Social Archaeology to National Archaeology: Up from Domination. *American Antiquity*, 64 (2): 363-368.
- Jackson Donald; Diego Salazar y Andrés Troncoso. 2008. *Puentes Hacia el Pasado. Reflexiones Teóricas en Arqueología*. Sociedad Chilena de Arqueología. Santiago de Chile.
- Kohl Philip y Clare Fawcett (eds.) 1995. *Nationalism, Politics, and the Practice of Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Lumbreras Luis 2005. Introducción. En *Arqueología y Sociedad*. INDEA/IEP/INC. Lima.
- McGuire Randall y Rodrigo Navarrete 1999. Entre Motocicletas y Fusiles: las Arqueologías Radicales Anglosajona y Latinoamericana. *Boletín de Antropología Americana*, 34: 89-110.
- Navarrete, Rodrigo 2007[1999]. *La Arqueología Social Latinoamericana: Una Meta, Múltiples Perspectivas*. Cuadernos CODEX. Universidad Central de Venezuela.
- Oyuela-Caycedo, Augusto 1994. Nationalism and Archaeology: A Theoretical Perspective. En Oyuela-Caycedo, Augusto (ed.): *History of Latin American Archaeology*: 3-21. Avebury. Glasgow.
- Oyuela-Caycedo A., Anaya A., Elera C. y L. Valdez. 1997. Social Archaeology in Latin America? Comments to T. C. Patterson. *American Antiquity*, 62(2): 365-374.
- Patterson, Thomas 1994. Social Archaeology in Latin America: An Appreciation. *American Antiquity*, 59(3): 531-537.
- 1997 A Reply to Oyuela-Caycedo, A. Anaya, C.G. Elera, and L. M. Valdez. *American Antiquity*, 62(2): 375-376.
- Politis, Gustavo 2006. Réplica: Más Sobre los Paisajes Teóricos de América Latina. Una Respuesta con Bastantes Acuerdos, Ciertos Desacuerdos y Algunas Reflexiones Tardías. *Revista de Arqueología Suramericana*, 2(2): 192-204.
- Tantaleán, Henry 2004. L'Arqueología Social Peruana: ¿Mite o Realitat?. *Cota Zero*, 19: 90-100.
- 2008a. Las Miradas Andinas. Arqueologías y Nacionalismos en el Perú del Siglo XX. *Revista de Arqueología Suramericana*, 4(1): 34-52.
- 2008b. *Arqueología de la Formación del Estado. El Caso de la Cuenca Norte del Titicaca*. Fondo editorial del Instituto Pedagógico San Marcos. Lima.
- Uribe Mauricio y Leonor Adán. 2004. Acerca del Dominio Inka, Sin Miedo, Sin Vergüenza. *Chungará*, 36, Suplemento especial 1: 467-480.

Valdez, Lidio 2004. La "Filosofía" de la Arqueología de América Latina. En Politis, Gustavo y Roberto Peretti (eds.): *Teoría Arqueológica en América del Sur*: 129-140. UNICEN. Olavarría.

Andrés Troncoso (Doctor en Arqueología. Departamento de Antropología. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Chile).

En busca de un reencuentro: Comentario a "Un acercamiento a la Arqueología Social Latinoamericana" de Miguel Fuentes y Marcelo Soto.

No puedo abrir este texto sin comenzar por felicitar y agradecer a los autores del escrito a comentarlo por varias razones. Primero, por invitar a plasmar mi opinión sobre su texto, y sobre la arqueología social latinoamericana, en su serie de publicaciones. Segundo, por el esfuerzo que han realizado a través de su serie de abrir espacios para el pensamiento marxista en la ciencia social chilena, y en particular, en la arqueología nacional. Y tercero, por la apertura hacia la crítica y la discusión, actitud central para que las ciencias sociales puedan seguir avanzando y, en el fondo, podamos construir no sólo un mejor conocimiento, sino también una mejor sociedad, tolerante, pero con ideas claras y debatibles.

Entrando en materia, este texto se inserta en dos tendencias complementarias que, desde diferentes espacios intentan recuperar los aportes del que ha sido el único programa de investigación (*sensu* Lakatos) nacido al sur del río Grande. Una línea continental, que no sólo valora la Arqueología Social Latinoamericana, sino que, o bien por un lado intenta su rescate y actualización (p.e. Navarrete, Tantalean, etc), o por otro, reconoce su aporte, volviendo a pensar una Arqueología desde la realidad latinoamericana, pero anclada en la

teoría social postestructuralista, postcolonialista y/o posmoderna (ver por ejemplo Acuto y Zarankin 2008, Haber 2009, Gnecco 2008).

Pero por otro, y desde una línea nacional (chilena), intenta recuperar el marxismo en una arqueología que ha derivado entre los enfoques histórico-cultural y procesualista. Esta recuperación desde Chile no es menor, pues es sabido el rol central que tuvo nuestro país en la génesis de este movimiento, pero que tras el golpe de estado y los años de dictadura llevaron a su completo silenciamiento, implicando sino la total desaparición del marxismo en la arqueología chilena, su ausencia de visibilidad explícita (tema que hemos explicado como una estrategia de silenciamiento que llevó a la no intencional desfiguración del marxismo en la arqueología chilena (Troncoso *et. al.* 2008).

El trabajo de Fuentes y Soto se inserta en una red de autores que en los últimos años han intentado revitalizar la Arqueología Social Latinoamericana (en adelante ASL) en el país (Uribe, Gallardo), pero la diferencia clara en la postura de los primeros, es el recoger los planteamientos prístinos de este programa de investigación, en contraposición a los otros trabajos que fusionan diferentes tendencias del Marxismo con nociones postestructuralistas (como es el caso de Gallardo) o de carácter más ecléctico al articular aportes del marxismo, postestructuralismo e incluso del procesualismo norteamericano (como es el caso de algunos trabajos de Uribe, Adán, Gallardo).

Este trabajo, por tanto, se inserta en esa línea de reivindicación y, porque no decirlo, de pago de una deuda histórica de la Arqueología chilena con sus ideales del 60 y que repercutieron en

diferentes partes del continente. En particular, el escrito recorre diferentes temas y posturas de la ASL, siendo destacable el intento por cruzar con las nociones que han nacido desde la península Ibérica. En particular, la teoría de las prácticas sociales del equipo de Barcelona, las cuales no sólo han permitido revitalizar este marco teórico a la luz de nuevas preguntas y enfoques, sino también otorgándole una heurística mayor que el de la escuela mexicana. Por ese lado, pensamos que es una contribución que rearma la discusión en Chile.

Pero por otro, pensamos que este texto adolece de los mismos problemas que no le han permitido despegar de mejor manera a la ASL, problemas que los mismos autores lo definen en su escrito, cual es la necesidad de una mayor profundización metodológica que posibilite articular de manera clara la ontología y epistemología de la ASL en un proyecto concreto de investigación arqueológica. En efecto, y como bien indica Navarrete, la ASL ha alcanzado una notable madurez en el tema ontológico y epistemológico, siendo las propuestas de Gándara en este último punto un notable aporte a la construcción del conocimiento arqueológico. Sin embargo, creo que ese refinamiento filosófico ha fallado a un principio básico del marxismo, la dialéctica. En efecto, la ASL ha sido incapaz de dialogar con el registro arqueológico en busca de ajustar y contrastar sus modelos, existiendo una desconexión fatal que ha hecho que la heurística de nociones altamente significativas como modo de vida, se hayan transformado en modelos intocables que se aplican directamente sobre los datos. La ausencia de esta dialéctica entre teoría y método es la que en instancia final ha transformado tales propuestas en totalidades monolíticas.

Es por ello que más allá de lo importante del rescate teórico que desarrollan Fuentes y Soto, es que los animo a emprender una tarea que a mi parecer es más importante y central en estos momentos, la reconversión de las propuestas de la ASL en un método que operacionalice los conceptos de este programa sobre los datos arqueológicos, pero que a la vez sirva para salir de la tiranía teórica que hoy reina en tal ámbito, permitiendo definir expectativas, indicadores y estrategias de trabajo de campo y análisis de materiales orientadas sobre tales preguntas, más que ser exportaciones de las propuestas procesualistas al respecto.

El esfuerzo y la energía que implica tal labor creemos que es necesaria. No sólo para seguir contribuyendo a la diversidad de la arqueología chilena, e intentado romper con la homogeneidad que nos caracteriza, sino también porque en un país de consensos y que ha asumido como modelo económico al neoliberalismo como su referente indiscutible, con su consiguiente asociación a un saber posmoderno, es necesario promover y alentar todas las perspectivas críticas ancladas en la teoría social que permitan no sólo relativizar nuestra verdad económico-social, sino también romper con la ideología del todo vale y la respetabilidad de todos los discursos (o juegos de lenguaje como diría Lyotard).

Pero en ese proceso, y como lo hacen otros autores, pensamos que es necesario rescatar esas otras vertientes del marxismo que deambulan por el mundo intelectual, y que entregan visiones más contemporáneas, ya sea a través de por ejemplo los trabajos de Zizek, o de los pensadores postcolonialistas latinoamericanos, más allá de las críticas que uno pueda

esbozar sobre sus propuestas más radicales.

En ese sentido, mientras Marx removió al mundo e inspiró al programa de la ASL a partir de su tesis 11 sobre Feuerbach, pensamos que hoy podemos parafrasearla para con la Arqueología, indicando que por décadas, los filósofos de la ASL no han hecho más que elaborar modelos sobre la realidad social, pero de lo que se trata hoy es de producir metodologías para rentabilizar y transformar ese conocimiento.

Referencias Bibliográficas

- Acuto F. y A. Zarankin 2008. *Sed non Satiata II*.
- Aguilar, M. y H. Tantaleán 2008. El vuelo de Hermes, una crítica a la posmodernidad en Arqueología desde Los Andes. *Maguaré* 22: 397-423.
- Lander E 1993. La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. CLACSO, Buenos Aires.
- Gallardo F. 1999. Arte, Arqueología Social y Marxismo, comentarios y perspectivas (parte I). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 26: 37-42.
- Gallardo F. 2000. Arte, Arqueología Social y Marxismo, comentarios y perspectivas (parte II). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 27: 33-43.
- Gallardo F. 2004. El arte rupestre como ideología, un ensayo acerca de pinturas y grabados en la localidad del río Salado. *Chungara*, volumen especial, tomo I: 427-440.
- Gnecco C. y C. Hernández 2008. History and its discontents: stone statues, narratives and archaeologists. *Current Anthropology* 49(3): 439-466.
- Haber A. 2009. Animism, Relatedness, Life: Post-Western perspectives. *Cambridge Archaeological Journal* 19(3): 418-430.
- Uribe M. y L. Adán 2004. Acerca del dominio Inka, sin miedo, sin vergüenza. *Chungara*, volumen especial, tomo I: 467-480.
- Uribe M. y L. Adán 2008. Evolución sociocultural a través de la prehistoria tardía de Pica-Tarapacá (900-1540 d.C.), norte grande de Chile. En: D. Jackson, D. Salazar y A. Troncoso (eds.), *Puentes hacia el pasado: reflexiones teóricas en Arqueología*, pp: 147-168. Monografías de la Sociedad Chilena de Arqueología, 1. Santiago.

Valeria Franco Salvi (CEH. "Prof. Carlos Segreti". CONICET. Argentina).

De la teoría a la praxis. Comentario a "Un acercamiento a la Arqueología Social Latinoamericana" de Miguel Fuentes y Marcelo Soto.

La reflexión historiográfica realizada por Miguel Fuentes y Marcelo Soto constituye un aporte para la comprensión de la importancia que representan en la actualidad las premisas promulgadas por los fundadores de la Arqueología Social Latinoamericana (ASL). Se trata de un balance que busca reivindicar ciertas ideas y objetivos que quedaron olvidados u opacados por las fuertes críticas realizadas por parte de la *Nueva Arqueología* a ciertos problemas metodológicos.

Los autores a lo largo del artículo hacen explícitos los condicionamientos políticos y sociales que afectaron y afectan a la ASL (v.g la experiencia de un grupo de arqueólogos peruanos seguidores de las posturas ideológicas de Lumbreras, quienes durante la segunda mitad de la década de los '80 en un contexto de gobiernos de orden neoliberal tuvieron que emigrar a otras escuelas de pensamiento). Ponen en evidencia cómo la estructura del campo científico se ha ido definiendo en cada momento por el estado de las relaciones de fuerza entre los protagonistas de la lucha, los agentes e instituciones, es decir por la estructura de la distribución desigual del poder y el capital científico (Bourdieu 2005).

En otra parte de su trabajo, tocan un punto de interés central cuando se reivindica el "discurso científico-valorativo", esto es, el ¿para qué? y el ¿por qué? de la producción del conocimiento. Esto significa en términos de Chesneaux (1977) que la

historia nos ayuda comprender mejor la sociedad en la que vivimos hoy, a saber qué defender y preservar, a saber también qué derribar y destruir ó como Bloch (1978:35) sostuvo a principios de siglo XX “la ignorancia del pasado no se limita a impedir el conocimiento del presente, sino que compromete, en el presente, la misma acción” y, continuando en los últimos años, de la mano de la nueva hermenéutica de Paul Ricoeur y Michel De Certeau al proponer una historia en función de las nuevas problemáticas del presente (Dosse 2003). Como podemos observar, son ideas que están circulando en el campo de la historia (i.e. Chesneaux, Bloch), la lingüística (i.e. De Certeau), la sociología (i.e. Bourdieu) y en estas reflexiones que retoman las ideas de la ASL, vuelven a transitar el campo de la arqueología.

No obstante, considero que este retorno a las premisas consagradas por la ASL debe hacerse partiendo de una crítica a ciertos determinismos, dicotomías y mecanicismos planteados anteriormente por otros autores (Tantaleán 2004; Oyuela Caycedo *et. al.* 1997), ya que en muchos casos se redujeron los fenómenos de la superestructura a la infraestructura o en otras ocasiones el materialismo histórico fue elevado a la categoría de ciencia exacta, capaz de establecer las leyes que permitieran conocer el pasado y preveer el futuro. En este sentido, superar la orientación cientificista y economicista otorgada al materialismo histórico principalmente por Engels y buscar, como sostiene Vilar (1974) en su artículo “Historia Marxista, historia en construcción”, confrontar los conceptos elaborados teóricamente con las realidades concretas que aparecen en contacto con el objeto de estudio.

En el apartado acerca de los aportes de la ASL y perspectivas críticas, Fuentes

y Soto consideran que algunas categorías como “modo de producción”, “formación económico-social”, “sociedad concreta” y “totalidad social”, así como otras definiciones del Materialismo Histórico y del Materialismo dialéctico, han significado una importante contribución para el desarrollo de la investigación y reflexión arqueológica latinoamericana. Según los autores, las categorías han servido para re-interpretar el registro arqueológico. Sin embargo, en concordancia con Politis (2003), es necesario enriquecer la discusión con un mayor número de casos de estudio concretos, que pongan en juego la teoría, donde lo pragmático genere nuevos conceptos complejizando nuestras hipótesis. Pienso que este es un tema fundamental para la continuidad de la ASL y que no debe quedar solamente en los libros, al igual que el rol del científico en la sociedad y para esto es interesante citar unas líneas de Bourdieu que en su libro “Pensamiento y Acción” hace referencia al activismo político del intelectual:

“La mayoría de la gente cultivada - sobre todo en ciencia social- todavía carga con una dicotomía que me parece completamente funesta: la distinción entre scholarship y commitment [...] La oposición es artificial; de hecho, hay que ser un sabio autónomo que trabaje según las reglas del scholarship para poder producir un saber comprometido, es decir, un scholarship with commitment [...] El científico debe inventar un rol nuevo que es muy difícil: tiene que escuchar, buscar y crear; debe tratar de ayudar a los organismos que se plantean como objetivo resistir a la política neoliberal; tiene que ayudarlos ofreciéndoles sus herramientas [...] ¿Y cuál puede ser el rol de los investigadores en todo esto? Trabajar en la invención colectiva de las estructuras que den origen a un

nuevo mundo social, es decir, a nuevos contenidos, nuevas metas y nuevos medios internacionales de acción” (Bourdieu 2002:152).

En coherencia con Fuentes y Soto considero que el legado más importante de la ASL es el interés de darle un sentido a la arqueología un uso social que va más allá de los logros académicos del científico. Parafraseando a Chesneaux, el estudio del pasado es algo demasiado importante para que se deje al arbitrio de los historiadores. Por esto, resulta fundamental el aporte e interjuego de la sociedad en general y de otros científicos sociales con los arqueólogos.

En definitiva, concuerdo con los autores en que el Materialismo histórico puede constituir una poderosa herramienta de interpretación del pasado y, desde ahí, una guía para la transformación revolucionaria del presente, aunque también considero que queda mucho por hacer y que es necesaria la generación de más propuestas y discusiones basadas en la *praxis*.

Referencias bibliográficas

- Bloch M. 1978. *Introducción a la Historia*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Bourdieu P. 2002. *Pensamiento y Acción*. Ed. Libros del Zorzal. Argentina.
2005. *Los usos sociales de la ciencia*. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires. Argentina.
- Chesneaux J. 1977. *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*. Ed. Siglo XXI. México.
- Dosse F. 2003. *Michel De Certeau: el caminante herido*. Universidad Iberoamericana. México.
- Oyuela-Caycedo A.; A, Anaya; E, Carlos; L, Valdez 1997. Social Archaeology in Latin America? Comments to T.C.Patterson. *American Antiquity*, Vol.62, N.2.
- Politis G. 2003. The Theoretical Landscape and the Methodological Development of Archaeology in Latin America. *American Antiquity*, Vol. 68, No. 2, (Apr., 2003), pp. 245-272.
- Tantaleán H. 2004. L'Arqueología Social Peruana: ¿Mite o Realitat?. *Cota Zero* (19): 90-100. España.

Vilar P. 1974. *Historia marxista, historia en construcción*. Ed. Anagrama. Barcelona.

Cuaderno Número 3.

“Flor de Chile. Vida y Salitre en el cantón de Taltal”.

Pedro Bravo Elizondo (Doctor en Literatura. Wichita State University. USA).

Comentario sobre “Flor de Chile: Vida y Salitre en el Cantón de Taltal”.

Una aclaración pertinente. Soy profesor de Literatura Latinoamericana. Nací y me crié en el Iquique de finales de 1930, y viví en la bahía del Puerto por quince años, presenciando cada día el embarque de salitre hasta finales de la Segunda Guerra Mundial, por los muelles todavía existentes. Conocí la Pampa en 1950 cuando realicé un viaje personal por las Oficinas que aún “estaban corriendo” en el interior de Iquique. Mis lecturas e investigación están centrados en el aspecto social y cultural de la vida en la Pampa (*El ‘enganchado’ en la Era del Salitre*. Madrid: Ediciones LAR, 1983; *Cultura y Teatro Obreros en Chile: 1900-1930*. Madrid: Libros del Meridión, 1986 y otros).

Ahora me remitiré al estudio en cuestión. En la presentación se sostiene que “En la década de los 50’s todavía trabajaban en la industria del salitre la cantidad de cincuenta mil trabajadores, dos mil de los cuales se desempeñaban en la zona de Taltal”. Esta afirmación y me sostengo en ella, nos demuestra y justifica por una parte uno de los hechos más interesantes en cuanto a la pervivencia de la memoria colectiva de esa entrañable “edad salitrera” a la que los sobrevivientes vuelven en peregrinación a la Pampa, a las Oficinas abandonadas, celebrando aún la Semana

del Salitre en las provincias de Tarapacá y Antofagasta. En los últimos años para reafirmar el asunto, aparece un novelista sui generis, pampino el hombre: Hernán Rivera Letelier, a quien algunos críticos santiaguinos ya detestan, pues no quieren saber más del salitre, industria que sostuvo el desarrollo económico de Chile por años. Allá ellos. Lo que quiero insistir es que la necesidad de la historia de fijar fechas (1830-1930 “Era del Salitre”) es una convención que a veces no nos deja ver el conjunto en su totalidad. Como fue el caso de Oficinas como Victoria que resistió hasta 1979 y cuya iglesia fue emplazada en Iquique ese mismo año. De Coya Sur queda el reloj donado por SOQUIMICH al puerto de Tocopilla. Para qué mencionar en Iquique las Oficinas Santa Laura y Humberstone, patrimonios no sólo nacionales.

Me interesa abordar la “Segunda Parte”. Observo en la escritura sobre el periodo salitrero un hecho sobresaliente: No hay las acostumbradas acusaciones tan típicas de los 60’s contra el capitalismo, el imperialismo y otros ismos, sino una comprensión del fenómeno empresarial: Ejemplo: “Los protagonistas primordiales van a ser las corporativas empresariales extranjeras y ya no los grandes imperios nacionales. Las empresas privadas se expanden a las antiguas colonias, con nuevas lógicas de explotación de los recursos capitalistas, asociados a nuevas formas de control y disposición de mano de obra”. Hace años el escritor Benjamín Subercaseaux al referirse al Norte salitrero, expresó que la zona fue producto y creación de individuos, no de colectividades. Guillermo Billinghurst y luego Oscar Bermúdez recogieron los nombres. Si no, cómo justificar Flor de Chile.

En la Tercera Parte hay referencias explícitas en cuanto a que todo era importado principalmente de Europa,

incluso los ladrillos, lo que se aplica a toda la zona salitrera. Los viajeros fueron los principales testigos de tal perogrullada. La pregunta surge por sí sola: ¿Dónde estaban los capitalistas o empresarios nacionales? Esta contradicción se justifica en que el agro era la fuente de atención empresarial y de allí provino gran parte de los hombres de la Pampa, como lo recuerda muy bien uno de los entrevistados. Sobre el trabajo agrario hay literatura e investigaciones como las de Tancredo Pinochet Le Brun a comienzos del siglo pasado y de Gabriel Salazar en nuestros días. Lo que estoy tratando de comunicar, es lo que llamo la “Ruta del Trabajo” que en esos años del salitre, era obligadamente el Norte, o la construcción de ferrocarriles por H. Meiggs en Perú. O en Santiago, Valparaíso y otras ciudades con las obras emprendidas por Balmaceda con EL DINERO DEL IMPUESTO DEL SALITRE. No creo que se le haya dado importancia al hecho de que nuestros antepasados no eran ‘patiperros’ por escapar de un medio por la aventura, sino por la necesidad primordial de tener el sustento necesario para él y su familia. Que otros despilfarraran lo ganado con tanto esfuerzo, es asunto aparte.

Dato que me llama la atención, es la memoria de quien recuerda la Oficina Flor de Chile, la plaza, casas y toda el área que Gaston Bachelard cubrió en su estudio sobre “La Poética del Espacio” (París, 1958). En esta obra aquel examinó y buscó los rasgos íntimos del ser humano, reflejados en la dialéctica del afuera y adentro, tanto en la imagen de la casa que se convierte en la topografía de nuestro ser íntimo, como en todo lo que existe en la casa y sus rincones. El espacio crea sus propias reglas de lo que devendrá nuestro mundo. Esto lo observamos en la memoria de los habitantes de la Oficina

Flor de Chile. De otra manera no se explica lo que mencioné antes sobre los restos de Victoria y Coya Sur, en Iquique y Tocopilla.

Debemos suponer que en el aspecto cultural, a diferencia del resto de las Oficinas salitreras, en Flor de Chile no se dio o no se encontraron rastros de poetas pampinos que dejaran huellas en las publicaciones periódicas de Taltal de sus quehaceres o preocupaciones, pues Pampa Unión como otras Oficinas contó con periódicos como el de Luis Rojas, “El Pocas Calchas” que aparecía sólo los sábados y domingos, y “La Voz de la Pampa” con noticias y versos de los pampinos.

Lo aseverado en las páginas 29 y 30: “La crisis mundial del año 29 terminó por llevar la producción salitrera a niveles inusualmente bajos, señalando el fracaso del empresariado salitrero. En el año 31 sólo sobrevivían nueve oficinas en toda la región salitrera”. Si toda la región salitrera son las provincias de Tarapacá y Antofagasta, y no se mencionan las nueve Oficinas, la información puede estimarse inverosímil. El lector debe ser convencido con datos específicos.

En definitiva, pienso que el trabajo de investigación de Alexander San Francisco *et. al.* tiene una constante que permea el trabajo: contar las cosas como fueron y no como debieran haber sido. Los pampinos no aparecen como víctimas, sino entes en un sitio determinado, diferente al resto del país, pero trabajadores al fin y al cabo. Por ejemplo, la relación de Guillermo San Francisco, quien recuerda su niñez. Al referirse a la fonda rememora que “Allí las ollas estaban siempre humeantes de ricas cazuelas y succulentos platos que los pensionistas comían y bebían en abismantes cantidades”. Puedo dar fe de la cazuela pues en mi viaje a la Pampa

de Iquique, en los 50’s disfruté en una pensión de tal vianda. Si comparamos con la alimentación de los peones en el campo en las narraciones de Pinochet Le Brun, veremos la abismante diferencia en cantidad y calidad. La Pampa no fue un edén, pero fue transformada por los obreros en un hábitat soportable y superior a las mediaguas y rucas del campo, hecho que los autores manifiestan claramente al recordar que pese a la rusticidad de sus viviendas, no debían pagar el alquiler o los gastos secundarios. El tener un teatro, sala para bailes o Filarmónicas como se les llamó en el Norte Grande, no fue un hecho fortuito, sino dependió de los obreros y los administradores.

Cuaderno Número 2.

“Espacio pampino, disciplinamiento laboral y lucha de clases. Una discusión en torno al patrón de asentamiento salitrero en la Región de Antofagasta (1880-1930). Avance para una *Arqueología del Capitalismo* en Chile”.

Francisco Rivera (Arqueólogo. Universidad de Chile. Becario Programa de Cooperación Bilateral DAAD-CONICYT. Programa de Doctorado en Arqueología. Suiza).

Si hay algo que caracteriza a la Arqueología Histórica en Chile es la escasez de reflexiones y propuestas teóricas y metodológicas, no sólo en torno a sus definiciones, sino que también a sus alcances, perspectivas y aplicaciones prácticas. De ahí que el texto de Miguel Fuentes sea un interesante aporte en esa vía, destacando el campo *multidisciplinario* por el cual debe recorrer una arqueología histórica nacional interesada en discutir los problemas relativos a nuestro pasado industrial reciente.

La idea del artículo permite formular

algunas reflexiones en cuanto a los vínculos específicos entre las fuentes documentales y los restos materiales, y las dinámicas sociales y económicas a las que hacen referencia. De esta forma creo que el trabajo de Miguel permite una oportunidad para discutir los contextos de estudio referidos al tema industrial/salitrera, y a entenderlos como un espacio *multirelacional* de diversa índole (espacial, funcional, social, cultural, y en especial, político) identificadas entre los restos materiales analizados y la información documental (y, aunque el autor no lo discute detalladamente, también testimonial) sobre estas dinámicas. Así entonces, el autor nos invita a entender la investigación de la cuestión industrial/salitrera como un *contexto*, así como las relaciones entre los distintos datos como base para la construcción de las interpretaciones, por encima del valor intrínseco atribuido a los objetos, relatos y documentos por sí solos; de ahí la interesante crítica del autor a los sesgos documentales. En este último punto cabe reflexionar y cuestionar, asimismo, el manejo de datos, y la relación existente entre lo escrito y lo material (y, por cierto, también lo oral).

Sabemos que la arqueología permite un análisis de las estructuras y condiciones de la vida material, verificando o refutando algunas afirmaciones sobre el contexto social, empleadas por la historia oficial. No obstante, considerar a la historia como eje de la investigación, a la cual la arqueología contribuye con antecedentes sobre aspectos no accesibles del registro (la arqueología simplemente como una ciencia auxiliar del estudio del pasado reciente) sería un error que frenaría su desarrollo en estas temáticas.

De ahí la necesidad de desarrollar una investigación a pequeña escala con sus

problemas de estudio propios, permitiendo así un conjunto sistemático de vínculos entre el individuo, los fenómenos y las estructuras (materiales y mentales) a largo plazo. Las transformaciones generadas por un capitalismo de gran escala, pueden buscarse, por ejemplo, en aquellos elementos *homogeneizantes* del espacio social de las oficinas salitreras, y discutirse en función de su capacidad en la construcción de una identidad propia, y probablemente también de un fuerte sentido de pertenencia (*identidad pampina*). Se trata, en otras palabras, de aventurarse en el estudio de las especialidades (la forma en la cual el orden espacial produce y reproduce un orden social) y su relación, por ejemplo, con los imaginarios colectivos, sustentando el trabajo en las estructuras sociales y sus condiciones económicas particulares; escapando así de la perspectiva *tecnoeconómica* de espacio, que el autor critica, y por cierto, comparto. Lo anterior nos lleva a pensar entonces a las relaciones sociales no como el resultado de divisiones estáticas y fijas (a lo que podría llegar una investigación meramente descriptiva, secuencial y llena de datos inconexos), sino como el efecto de procesos (sociales, económicos, políticos, simbólicos) dinámicos que se expresan en lo mental (individual) y lo material (social).

El autor nos permite entender, finalmente, que los restos y datos son, en definitiva, expresiones materiales de relaciones sociales particulares, que nacen producto de un naciente sistema capitalista. Es por ello que cabe destacar el rol que juega la materialidad (y su conjunto de datos asociados) en reproducir relaciones de clase en este contexto capitalista (personalmente prefiero el uso, metodológicamente más amplio, del término *gramsciano* “clases subalternas”). Conuerdo, en ese

sentido, por su búsqueda de una propuesta teórico/metodológica que vaya más allá del tradicional enfoque sobre aspectos tecnológicos y productivos de la minería industrial, poniendo más bien énfasis en las dinámicas sociales, que las fundan y luego reproducen. Rescato, en ese sentido, primero, la iniciativa de Miguel de reevaluación y crítica de los planteamientos hasta ahora esgrimidos entorno al problema salitrero, y su propuesta de indicadores para entenderlo, aunque creo deben ampliarse las variables, y sobretodo, lograr su aplicación para que puedan pulirse en base a la experiencia del trabajo de campo, y segundo, el carácter político de estas propuestas, situando una arqueología histórica nacional crítica y contingente.

Cuaderno Número 1.

“Estado inka, ayllu y “paradoja estructural” en la zona de San Pedro de Atacama. El caso de Catarpe-este”.

Ernesto Contreras (Antropólogo Social. Universidad de Chile. Magíster en Antropología Social. Universidad Católica del Norte).

Tal como plantea Miguel Fuentes, la presencia del Incario⁶⁹ en *Atacama* se inserta en el proceso de expansión a escala continental del *Tawa Inti Suyo*, planificado detalladamente desde el *ombligo del mundo*. Dicha expansión ocurre en el siglo XV, cuando el Inca Tupac Yupanqui consolida la anexión política de la región denominada por los

⁶⁹ El uso del concepto de Incario utilizado en el artículo de Miguel Fuentes es bastante más acertado que el de “Imperio Inca”, comúnmente empleado en la literatura. En Efecto tal como plantea María Rotworosky, en su “Historia del Tawantisuyo”, en la cúspide de la organización estatal sociotécnica del Tawantisuyo se encontraba el Inca, no el emperador, que es un título europeo el cual esta asociado al concepto de imperio.

quichua parlantes del Cuzco como *Atacama*⁷⁰.

El concienzudo control estatal de una red logísticamente articulada de instalaciones conectadas por un sistema vial panandino, “unía más de 1.500 establecimientos..., tambos, almacenes, guarniciones militares, centros religiosos, establecimientos mineros y fundiciones, factorías de manufacturas y capitales regionales”⁷¹, entre las que se encuentra el sitio arqueológico conocido como Centro Administrativo Incaico del Tambo de Catarpe o Catarpe Este, descrito por el autor.

El marco de la geografía cultural y el sistema reticular de conectividad vial que utilizaba el Incario que, en estricto rigor, es anterior al surgimiento del Tawa Inti Suyo⁷², confería a Catarpe un

⁷⁰ Que de acuerdo al cronista de los visigodos que avanza con Pedro de Valdivia, era el nombre dado por el Inca al territorio Lican Antai. El uso de la denominación “San Pedro de Atacama”, es desde este punto de vista restrictiva, puesto que la jurisdicción española de estos territorios, distinguió Atacama La Grande y Atacama La Baja, siendo San Pedro de Atacama una denominación territorial utilizada originalmente para referirse a la jurisdicción parroquial de la Puna de Atacama con asiento en la Localidad de san pedro de Atacama. Para mayores referencias ver: http://www.cybertesis.cl/tesis/uchile/2005/contreras_e/html/index-frames.html.

⁷¹ Rodolfo A. Raffino; “*El Capricornio Inka: La Unificación Política*” Las Rutas del Capricornio Andino. Huellas Milenarias de Antofagasta, San Pedro de Atacama, Jujuy y Salta; Consejo de Monumentos Nacionales.

⁷² Los contactos interétnicos y de intercambios habían comenzado a ocurrir siglos antes, pruebas de esto se encuentran desde Peine a San pedro de Atacama y desde Toconce y Caspana hasta Quillagua, en lo que se denomina fronteras blandas. Francisco Rothhammer *et. al.*, Poblaciones Chilenas. Cuatro décadas de Investigaciones Bio-antropológicas; Editorial Universitaria, Santiago de Chile; 2004 y Muñoz Iván. “El Inca en la Sierra de Arica” *Revista Tawantisuyo*. Ver estudio de Virgilio Schiappacasse: “Cronología del Inca”. *Estudios atacameños* N° 18, pp. 133-140. Universidad

rol vital en el sistema de comunicaciones entre los establecimientos de la Cuenca del río Salado hacia el Norte (Turi y Caspana) y los ayllus de los oasis de Atacama y Peine en el Salar de Atacama y el centro minero y agrícola del incario establecido en Socaire.

Este sistema logísticamente articulado de abastecimiento, tenía el soporte de sistemas de registro computacional llamados *Q'ipus*, que organizaba el abastecimiento del cuerpo religioso, burocrático, militar y del pueblo del incario. El abastecimiento, mantención y sustentación de este sistema estatal logísticamente articulado, implicaba la planificación y organización directa de la producción y de la mano de obra, lo que a mi modo de ver relativizaría las tesis de la tributación negociada con los ayllus Lican Antai.

Otro argumento que refuerza la tesis de Miguel Fuentes, en el sentido de un control directo del Estado Inca es la siguiente noticia de cómo el Inca Tupac Yupanqui hizo entrada a *Atacama*. El viaje del inka habría pasado hasta el río de la Plata, para dirigirse posteriormente, remontando su curso, hasta Chile, llegando hasta lo que pareciera ser el valle de Aconcagua. La tradición oral cuenta que, más adelante, y en la misma expedición, los destacamentos inkaikos habrían avanzado hacia Copayapu y Atacama, *desde el sur*, conquistando ambos territorios. Como los de Atacama eran “gente guerrera”, el inka envió adelante a los de Chile y Copayapu, con quienes tenían contacto e intercambio. Una vez en Atacama, Thupak Inka Yupanqui dividió nuevamente sus tropas en cuatro partes. Unos salieron por el camino de los llanos y por costa a costa de la mar hasta que llegase a la provincia de

Católica del Norte. San Pedro de Atacama. 1999.

Arequipa; otros los hicieron por los karankas y aullagas; los terceros recorrieron el camino de la derecha, para que desde Atacama “fuesen a salir a Caxa Vindo y de allí se viniesen a las provincias de los chichas”.⁷³

La movilización de un ejército tan formidable y que se desplazaba a velocidades inimaginadas por desiertos y cordilleras, con una coordinación y eficiencia en su abastecimiento de pertrechos, y de los características de los pueblos que sometían sólo pudo ser posible mediante un estudio previo que permitió el conocimiento del territorio, de la ecología, del clima y de las debilidades de los pueblos subyugados.

Los historiadores especialistas insisten en caracterizar al Estado Inca como un Estado militarizado. Militarizado para garantizar la obediencia de los clanes y pueblos sometidos. En efecto, la ocupación inca fue militar, permitiendo la mantención de acuerdos políticos y económicos. Además del amedrentamiento, el poder Inca se fundamentó sobre alianzas matrimoniales con las autoridades atacameñas, las cuales además estaban preparadas para este entendimiento, a raíz del tráfico multiétnico anterior. Solo así es posible entender la eficacia de la articulación de los establecimientos inca dispersos en el espacio de Atacama, tanto hacia el sur como hacia el norte del sitio de “Catarpe Este”.

Efectivamente, las evidencias encontradas en el sitio “Catarpe Este”, con restos de fundición y objetos metálicos, también se vincularía con la

⁷³ Martínez, José Luis. “Entre plumas y colores. Aproximaciones a una mirada cuzqueña sobre la puna salada”. *Memoria Americana* N° 4, pp. 33-56. Cuadernos de Etnohistoria. Instituto de Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras. UBA. Buenos Aires. 1995. pp. 36, 37.

concentración de mano de obra atacameña para acumular recursos agropecuarios y mineros, esta vez cerca de las minas cupríferas de San Bartolo, Caspana, Abra, etc., en convivencia con los funcionarios inkas⁷⁴.

Por otro lado, de acuerdo a la evidencia de recientes estudios realizados en el marco de la titulación de las Tierras Indígenas de las tierras de Lican Antai, se viene a reforzar el dominio directo sobre las poblaciones locales del área de estudio. En efecto, en las cumbres de los cerros Colorado, Licancabur, Chajnantor, Chiliques y Quimal, que bordean la cuenca del Salar de Atacama, además de encontrarse entierros de momias en altura, se han encontrado centros ceremoniales, acopios de leña y restos de enorme piras, que se deduce eran encendidas en momentos en que el calendario ritual impuesto por los Inca en la zona lo hacían propicio. Restos de cerámica Yavi, asociados a los centros ceremoniales, hacen suponer que las poblaciones trasladadas por el Inca desde el actual noroeste argentino eran quienes ascendían y coordinadamente encendían dichas piras ubicadas en las cumbres de los volcanes para denotar el poder del Inka. El avistamiento de las columnas de humo desde los poblados Lican Antai, sin duda producían la admiración de los habitantes al poder religioso del Incario. Entonces, sumado al poder económico y militar el Estado Inca, que también era un Estado Teocrático, se apoyaba en ciertos “trucos” para permear el tiempo mítico

de las poblaciones locales bajo su dominio.

En conclusión, la centralidad del territorio de Atacama para el Inca no permitirían suponer un control indirecto, sino que un poder directo sobre los tres planos de la economía, de la infraestructura y de la superestructura ideológica.

En conclusión, y apoyando la tesis de Miguel Fuentes, podemos establecer que el nodo reticular de “Catarpe Este”, además de estar instalado en una garganta que fácilmente podía estrangular la economía local, ya que allí confluían las rutas que pasaron a conformar el Qápaq Ñan y que allí se controlaba el agua descontaminada que se canalizaba por acueductos que se encuentran la ladera oeste de la quebrada de Catarpe, destinadas a la agricultura y el consumo humano de los oasis de Atacama, sumado a eficientes estrategias militares de intimidación-negociación, sumado a la m'ita, “el secuestro de huacas locales” y otras instituciones de control político de poblaciones viene a confirmar el control directo de una economía planificada, inserta en una organización sociotécnica estatal, donde el control directo y eficiente de los enclaves constituía un factor clave para el control y eficiencia del Estado.

⁷⁴ Este último dato se extrae del documento “Historia del Pueblo Atacameño”, incluido en el Informe de la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato. En este documento (2003) la Comunidad Científica, el Estado de Chile y los Pueblos Indígenas, mediante sus organizaciones representativas, suscribieron el texto de una historia oficial consensuada, destinada a la reparación de la deuda Histórica de la Sociedad chilena hacia los pueblos indígenas en Chile.

Próximas Publicaciones
Serie Historia de América Prehispánica y Arqueología

Cuaderno Número 5

“Arqueología y Marxismo. Luis Felipe Bate. Contribuciones al pensamiento marxista desde la reflexión arqueológicas” (re-edición).
Prólogos: Francisco Gallardo (Museo Chileno de Arte Precolombino) y Donald Jackson (Universidad de Chile)

Cuaderno Número 6

“Villa Grimaldi, análisis de la configuración del espacio, en relación a las estrategias de represión y control de los cuerpos de los detenidos y torturados. Hacia una *Arqueología de la Represión* en Chile.
Nicole Fuenzalida

Cuaderno Número 7

“Espacios de Represión, Lugar de Memoria. El caso del Estadio Víctor Jara como centro de detención y tortura masivo de la dictadura” (1973-1974). Registro fotográfico y planimetría.
Miguel Fuentes, Jairo Sepúlveda y Alexander San Francisco.

Octubre 2009
Cuadernos de Historia Marxista
Grupo de Historia Marxista